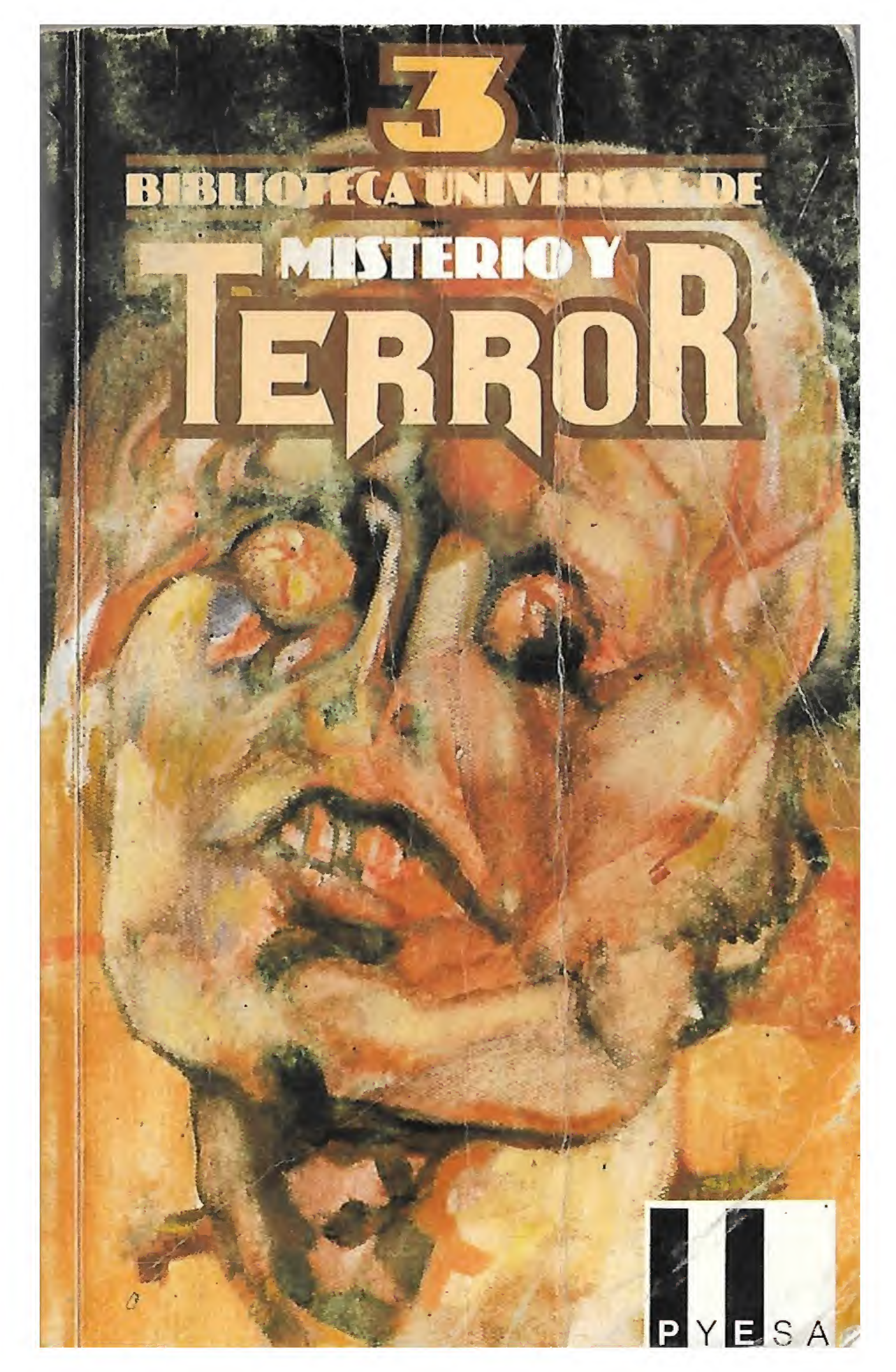
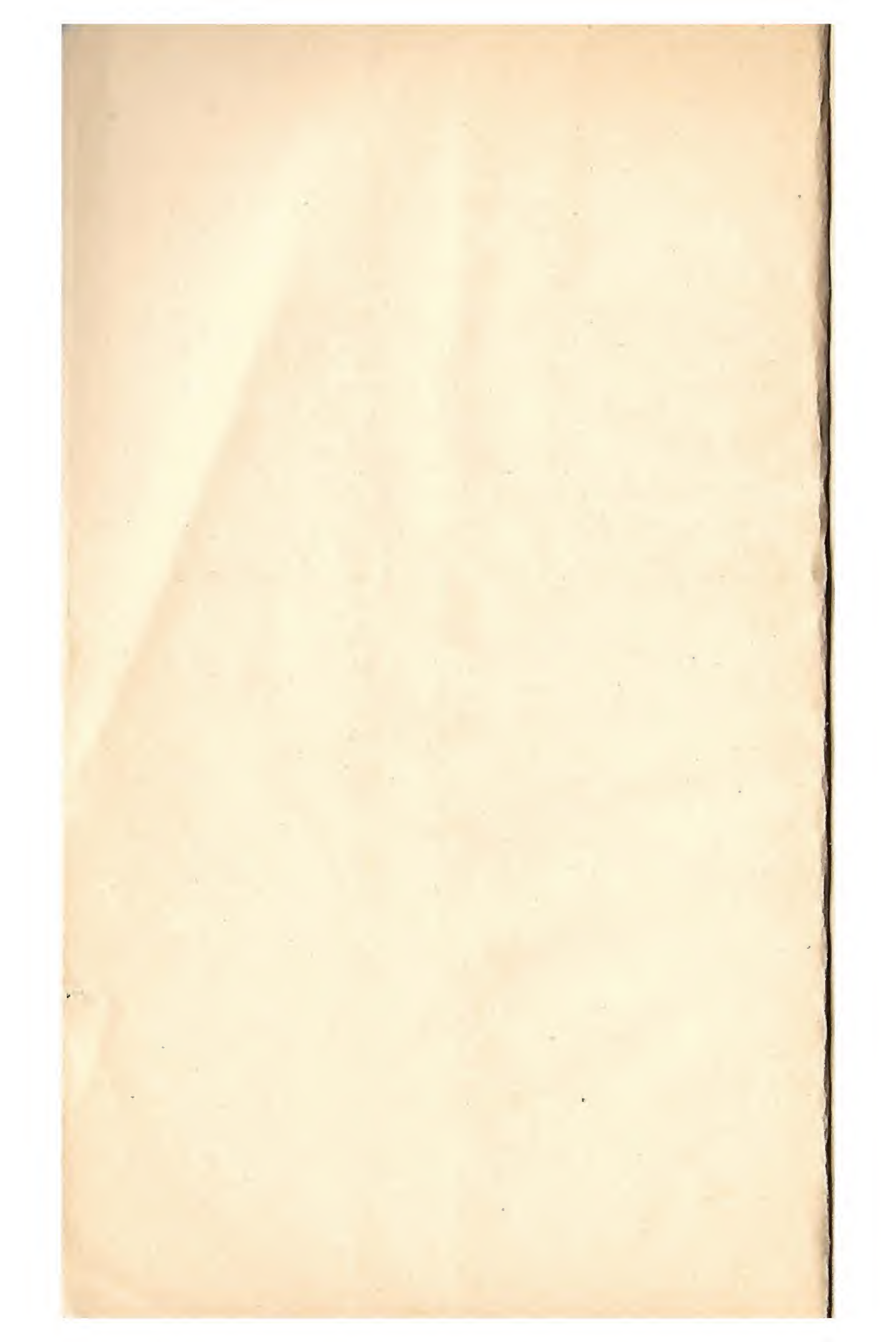

3
BIBLIOTECA UNIVERSAL DE
MISTERIO Y
TERROR
PYESA



3

BIBLIOTECA UNIVERSAL DE MISTERIO Y TERROR

Dirección y Selección:
José Antonio Valverde



DR. BARROS BORGOÑO 123, SANTIAGO - CHILE

agradece a sus lectores la confianza depositada en esta empresa y les invita a participar en el Concurso de Cuentos Cortos de Misterio y Terror cuyos premios y bases aparecen en La Revista del Mundo, edición N° 18 (Chile).

Edición autorizada por Ediciones UVE S.A. Circula gratuitamente con LA REVISTA DEL MUNDO.

Inscripción: N° 63585

Impresores: Editorial Antártica S.A.

Impreso en Chile / Printed in Chile

SUMARIO

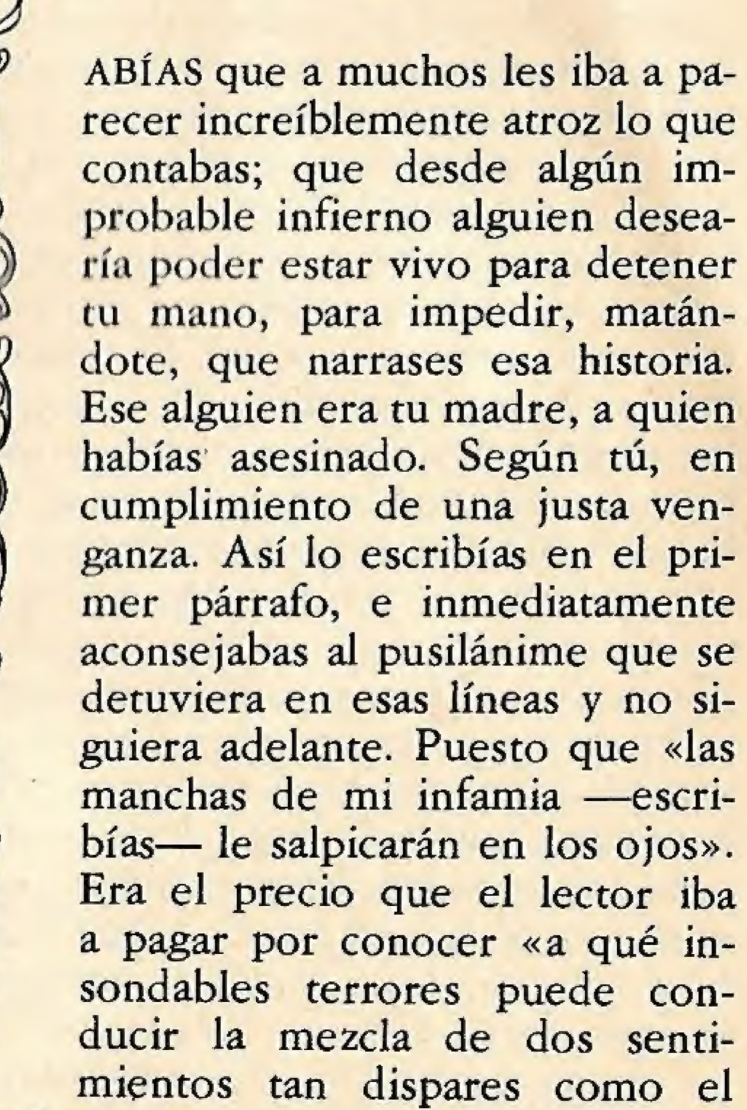

La cabeza
de mamá



La cabeza de mamá

José León Cano

... qué mal momento al levantar su cabeza, sujetándola por los cabellos y enfrentar su mirada ciega, carente de resentimiento, pero con la espantosa evidencia de tu identidad reflejada en su último gesto.



ABÍAS que a muchos les iba a parecer increíblemente atroz lo que contabas; que desde algún improbable infierno alguien desearía poder estar vivo para detener tu mano, para impedir, matándote, que narrases esa historia. Ese alguien era tu madre, a quien habías asesinado. Según tú, en cumplimiento de una justa venganza. Así lo escribías en el primer párrafo, e inmediatamente aconsejabas al pusilánime que se detuviera en esas líneas y no siguiera adelante. Puesto que «las manchas de mi infamia —escribías— le salpicarán en los ojos». Era el precio que el lector iba a pagar por conocer «a qué insondables terrores puede conducir la mezcla de dos sentimientos tan dispares como el odio y el remordimiento».

Te temblaba la mano, y ese temblor se comunicaba a los trazos en el papel cuando expresabas que «matar es lo más fácil del mundo. Basta disponer de un buen cuchillo de cocina y cerrar los ojos en el momento justo. Lo difícil es soportar la idea de que uno ha sido capaz de hacerlo, de que es imposible regre-

sar al tiempo en que todavía no se ha matado, cuando el cuchillo aún está en el aire, antes de que se descargue el golpe mortal». Luego vomitaste otro párrafo, sin que por ello dejaras de temblar: «Pero más insoportable es comprobar que, pese a que la carne se haya convertido en una piltrafa sanguinolenta, de que aparentemente el ser que nos produjo la desgracia ya no exista, el veneno del odio sigue circulando por nuestra sangre, condensándose malignamente en las venas al desaparecer el objeto en que era posible descargarlo. Porque entonces se descubre que ya sólo puede haber misericordia en la humedad del sepulcro.»

No había futuro en tu vida y la angustia te dificultaba insidiosamente la respiración. Estabas descubriendo también la vana utilidad de la literatura. Puesto que, aunque tu mano corría emborronando convulsivamente las hojas, no por ello lograbas aplacar la inexorable obsesión de aquella escena monstruosa. Tu madre durmiendo al calor del brasero, con la cabeza apoyada entre los brazos, sobre la mesa camilla, un anochecer transparente de diciembre, triunfante el frío por los intersticios de la ventana. Y tú acercándote de espaldas, con el filo del cuchillo enhiesto a la altura de los hombros, caminando con sigilo para que no se despertase, experimentando, a pesar de todo, una ternura insobornable al contemplar su cabello grisáceo, su adusta pelambrera de muñeca abandonada. Y luego dejándote caer con todo el peso de tu cuerpo, hasta manchar de sangre la empuñadura, sintiendo el temblor chorreante y cálido de la carne abierta en los nudillos, traspasándote los oídos su grito leve, distorsionado como un chirrido.

Dejaste de escribir y, por enésima vez, te preguntaste por qué la habías matado. No era porque, según habías dejado escrito, descubriste en sus ojos «un brillo maligno». La razón era mucho más sencilla y mucho más monstruosa: te resultaba insoportable la idea de su amor desinteresado; no podías aguantar el hecho de que alguien pudiera quererte sin pedir nada a cambio, de que llevara haciéndolo años y años y

que deseara consumir en tu servicio los últimos de su vida. Era vieja, insufriblemente vieja, y la muerte exhalaba ya sobre ella su hálito infecto. ¿Por qué no acelerar su fin y preservarla, en consecuencia, de una triste agonía? Una muerte inesperada, rápida, que penetrase por sus espaldas a fin de que nunca llegara a conocer la identidad de su asesino. Y luego la tranquilidad, la independencia absoluta, la posibilidad de respirar a tus anchas, de hacer en aquella casa lo que te viniera en gana.

Abandonaste la pluma con la intención de volver a cogerla en otro momento más propicio, y la sustituiste por el cuchillo, determinado como estabas a dar los siguientes pasos de tu plan. Te desharías del cuerpo y luego, al cabo de unos días, denunciarías a a la policía la desaparición de tu madre, atacada en los últimos tiempos —ibas a precisar al inspector— de una cierta demencia senil.

El cuchillo, aún sangrante, te manchó las manos. Pensaste en lo que ibas a hacer y tus tripas se revolvieron. Pero era absolutamente necesario. Así que trataste de no ver en el cadáver ensangrentado de tu madre, cuya humedad humeaba aún al calor de la mesa camilla, otra cosa que la materialidad de un volumen carnoso, como el de las reses sacrificadas que algunos obreros se ven obligados a transportar sobre sus hombros. Al amparo de esa idea creíste haber reunido el valor suficiente para acercarte, con el cuchillo en la mano, al cuerpo de tu madre. Pero esa mano temblaba y la náusea envenenaba tu corazón. Al fin pudiste hacerlo, empezando por la cabeza. Qué mal momento al levantarla, sujetándola por los cabellos, y enfrentarte con su mirada ciega, carente del más pequeño asomo de resentimiento, pero con la espantosa evidencia de tu identidad reflejada en su último gesto. De nada te había servido, pobre loco, asesinarla por la espalda. Ella sabía que eras tú, y fue ese conocimiento, más que tu cuchillada, lo que la mató. Todo eso lo leíste en el brillo de sus ojos muertos, y cerraste los tuyos, mientras segabas el

cuello a cuchilladas torpes y frenéticas. ¡Qué horrible dureza del hueso!, ¡qué resistencia imprevista! Pero al fin pudo más tu encarnizada voluntad, la histérica necesidad de colocar aparte cuanto antes, como un trofeo, sobre una bandeja de plata, la cabeza de tu madre. ¡Qué sensación, el peso de aquella cabeza chorreante, suspendida en el aire! Te olvidaste, por un momento, de que en aquel cerebro estaban impresas dos huellas indelebles: el placer de tu fecundación y el dolor de tu parto.

No eras un monstruo. Tus entrañas se conmovían y querías borrar la realidad de tus actos con un caudal de lágrimas, recriminándote una y otra vez por la sangrante monstruosidad que había anidado en tu corazón. Pero cuando al fin dejaste la cabeza derecha sobre la bandeja creíste descubrir en aquella expresión desfigurada un gesto de asentimiento, como si tu madre, perdonándote, te alentara también a proseguir la necesaria tarea. La extraña lucidez de tu cerebro empañaba cuanto te rodeaba con los colores que más te convenían. Y así, la horrorosa cabeza sangrante, de cabellos retorcidos como inmóviles sierpes de la Gorgona, te parecía el receptáculo de una expresión dulce y consentidora. Y así, aquel cuerpo decapitado, sedente aún junto a la mesa camilla, cuyo rojo sangriento se extendía hasta confundirse con el color de las faldas de la mesa, no era en tu imaginación sino el cordero del sacrificio, la vieja carne vencida por la muerte que ansía el putrefactor contacto de la tierra para liberarse de un Pecado primordial y perenne. Muchas otras palabras altisonantes retumbaron en tu cabeza, fueron a musitar incluso en la punta de tus labios, mientras abrías, cercenabas, partías y al fin descuartizabas manos, brazos, hombros, costillas, senos, vísceras. Te consolaba pensar que un demonio ciego guiaba tu mano, que la repulsiva carnicería (¡aquella piel desnuda, blanca, de tu madre, vista por primera vez!) era el precio justo de la vida, la consumación de un término inexorable, y que tu mano no era más cruel que la mano del Tiempo. Pero llorabas,

sí, llorabas y te estremecías convulsivamente y deseabas que aquello no fuera real; deseabas no ser otra cosa que un niño asustado por las primeras brumas del deseo, flotando inerme en el cenagal de una espantosa pesadilla. ¿Por qué, entonces, lo habías hecho?

No quisiste encontrar la respuesta en tu cerebro agitado. Miraste a la cabeza de tu madre, que sobre una mesa contigua asistía imperturbable al horrendo espectáculo. La bombilla que pendía del techo fue sacudida involuntariamente por uno de tus movimientos, mientras el cuchillo se hundía en las sanguinolentas entrañas. Eso hizo que proyectara móviles sombras sobre su rostro, y aquella cabeza, ya pálida y endurecida, parecía reír y llorar alternativamente, contemplar su propio cuerpo destrozado y luego mirarte a ti desde la insufrible profundidad de sus ojos entornados.

—¡No soy yo, madre! ¡No soy yo! ¡No me mires!

Lo gritaste a pleno pulmón, dándote apenas cuenta de tu imprudencia. Todavía no eran las doce de la noche y algún vecino, quizá, pudo haberte oído. Pero más imperiosa que la prudencia era para ti entonces la necesidad de gritar, de acercarte a aquella cabeza y hacer girar la bandeja hasta colocarla de cara a la pared. Llegaste a la terrible conclusión de que el mal no necesita razones para manifestarse, de que a veces surge como un animal rabiosamente puro desde las más oscuras profundidades de la conciencia. Pero también descubriste que el remordimiento le acompaña siempre como su sombra. Por eso, aunque momentáneo, fue muy real tu alivio al no tener que enfrentarte nuevamente con el rostro de tu madre, cuyos ojos muertos descansaron en la piadosa nada de la pared.

Apaciguados tus fantasmas, volviste a la tarea de la carne y de la sangre. El cuerpo despedazado era ahora una masa humeante y rojiza, un montículo descuartizado y espeluznante del que emergían manos y pies como únicos vestigios de humanidad. De la co-

cina trajiste un paquete de bolsas de basura y fuiste colocando en ellas los despojos. Empleaste casi dos horas en ello y en borrar las huellas de la sangre. Ambos trabajos amortiguaron los acusadores zumbidos de tu cerebro. Luego abriste la puerta de tu casa (ya era «tu» casa). Comprobaste que estaban apagadas todas las ventanas de las casas vecinas. Saliste entonces al jardín y cavaste tantos hoyos como bolsas habías acumulado. El frío de la noche te mordía en las manos; la tierra, endurecida, se negaba tenazmente a ser violada por tu azadón. Pero al fin lograste tu propósito, y lo que había sido tu madre se desparramó para siempre bajo la futura fertilidad del jardín.

¡Qué alivio regresar al calor de la casa, lavarse las manos, acogerse a la tibieza de las sábanas, que esperaban el regalo de tu cuerpo como dos labios entreabiertos! Te quedaste dormido de inmediato. Pero con el sueño te penetró también el asqueroso veneno de una pesadilla. Soñabas que un delgadísimo hilo blanco, de hielo, te iba cortando el cuello hasta separártelo del tronco. Sentiste también la tensión de una mano viscosa sobre la cara. Llamaste repetidas veces a tu madre, en la desesperación de la pesadilla, buscando el consuelo de su presencia, porque en el sueño ignorabas que la habías matado. Al fin, la presión de esa mano viscosa y fría sobre tu cara se hizo tan insoportable que despertaste. ¡Nunca lo hubieras hecho!

Porque allí, sobre la almohada, pegada firmemente a tu rostro, con sus cabellos entrelazados en torno a tu cuello, estaba la cabeza de tu madre. Al darte cuenta plenamente de ello diste un alarido. Sentiste como si un nido de serpientes heladas se desparramase por el interior de tu piel. Saliste de la cama tratando de sacudir a saltos y gritos el horror que te poseía, deseando morir, incapaz de realizar el más mínimo razonamiento. Pudiste, aunque temblando, llegar hasta la cocina. Allí, tu instinto te guió hasta el armario donde guardabas la botella de güisqui. Va-

ciaste la mitad de un largo trago, sintiendo en aquel fuego que roía tus entrañas la única realidad aceptable. El asco, el horror y la rabia se desprendieron a chispazos de tus ojos. Y te agarraste entonces, como a un clavo ardiendo, a la única posibilidad razonable que explicara lo que había sucedido: la tensión nerviosa no había desaparecido con el sueño, sino que se había manifestado, inconscientemente, por medio de un mecanismo sonambúlico. Eso era, sin duda. Durante el sueño, tú mismo te habías acercado a la bandeja de plata, y los últimos vestigios del amor que sentías hacia tu madre te empujaron a coger su cabeza y llevarla hasta el útero simbólico de tu cama... Pero ahora era necesario, absolutamente necesario, acabar para siempre con esos lacerantes restos de amor.

Te habías vuelto completamente loco. De eso ya no te cabía ninguna duda. Pero tu locura era un odio brillante y poderoso, infinitamente preferible a los tibios y acomodaticios fulgores del sentido común. Por eso fuiste resueltamente hacia la cama, cogiste la cabeza de tu madre entre ambas manos... Sí, también escupiste, también proferiste un insulto. Debo recordártelo ahora, en tus últimos momentos. Debo recordártelo, a pesar de que ese recuerdo provoque una oleada de angustia tan espantosa, a pesar de que hubieras preferido que semejante cosa no hubiera sucedido nunca, como no quisieras que hubiera sucedido lo que ocurrió antes y lo que habría de ocurrir inmediatamente después.

Ya sabes lo que fue. Con la cabeza de tu madre sujeta por ambas manos te acercaste a la chimenea. Vaciaste el resto de la botella de güisqui sobre los troncos y les prendiste fuego. Una intensa llamarada rugió de inmediato, provocando horribles brillos en los ojos ya completamente abiertos de la cabeza. La colocaste encima de las llamas. Por un milagro del equilibrio permaneció vertical, mirándote, mientras se consumía. Un hedor nauseabundo comenzó a extenderse por toda la casa. Los cabellos, chamuscados,

se retorcían como gusanos de fuego. Con el calor surgieron grandes bolsas en las mejillas, y era como si tu madre, con los carrillos llenos de aire, se dispusiera a apagar el fuego. Pero éste se acercó a los labios produciendo una horrible mueca, una macabra sonrisa que devoró la carne hasta mostrar, entre cuajarones, la nitidez completa de unos dientes amarillentos. El fuego mordisqueó luego su nariz hasta hacerla desaparecer. Pero lo más espantoso fue que el calor produjo, uno tras otro, el desprendimiento de las órbitas, de las cuales se desprendió también una mirada siniestra antes de que se entregaran a la purificación del fuego. Todo al fin quedó reducido a una calavera renegrida, chamuscada y maloliente. No contento con ello la aplastaste con el pie, y cuanto quedó de la cabeza de tu madre fueron unos pequeños trozos oscuros resaltando entre la blancura de la ceniza. A partir de entonces —te felicitaste— ya podrías empezar a dormir en paz.

Nunca más volverías a dormir. Vuelto a la cama achacaste primero tu insomnio al olor a carne chamuscada. No era eso. Te revolvías inquieto entre las sábanas. Un frío terrible se adentraba en los huesos. Ya no tenías fuerzas para lograr que tu mente, desbocada, regresara a los cauces de la normalidad. Porque creíste que la habitación se poblaba de ruidos, de chispazos fosfóricos. Sentías miedo a algo no material y, por tanto, no dominable. Jamás habías creído en fantasías de ultratumba. Pero el miedo que te hacía tiritar no era, pese a tus creencias positivistas, menos real.

—¿Por qué no duermes, hijo mío? Estoy aquí, a tu lado. No tengas miedo...

¿Lo oíste? ¿Lo oíste de verdad? ¿Realmente sentiste cómo surcaban el aire las amorosas vibraciones de tu madre? No, quizá no lo oíste. Tal vez fue una alucinación. Pero ¿también fue alucinación lo que viste después? ¿Qué era aquella sombra blanquecina que, en medio de la oscuridad, se levantaba a los pies de la cama? ¿De dónde procedía esa mano larga y grisácea, translúcida, que iba lentamente acercándose

a tu cuello? El terror te mantenía paralizado en el lecho, pero lograste reaccionar ante aquella equívoca fantasmagoría. Encendiste la luz, te vestiste a toda prisa y comenzaste a deambular por las oscuras, frías y solitarias calles de la noche, sintiendo continuamente una presencia a tus espaldas. Intuías que, fueses donde fueses, el implacable amor de tu madre no dejaría de seguirte. Hubieras seguido caminando el resto de tu vida, huyendo siempre de ti mismo. Pero el organismo, aun frente a los terrores más espantosos, acaba siempre por hacer prevalecer sus derechos. El cansancio te ahogaba. Por supuesto, te sentías incapaz de regresar a casa, pero tal vez podrías encontrar alojamiento en cualquier hotel.

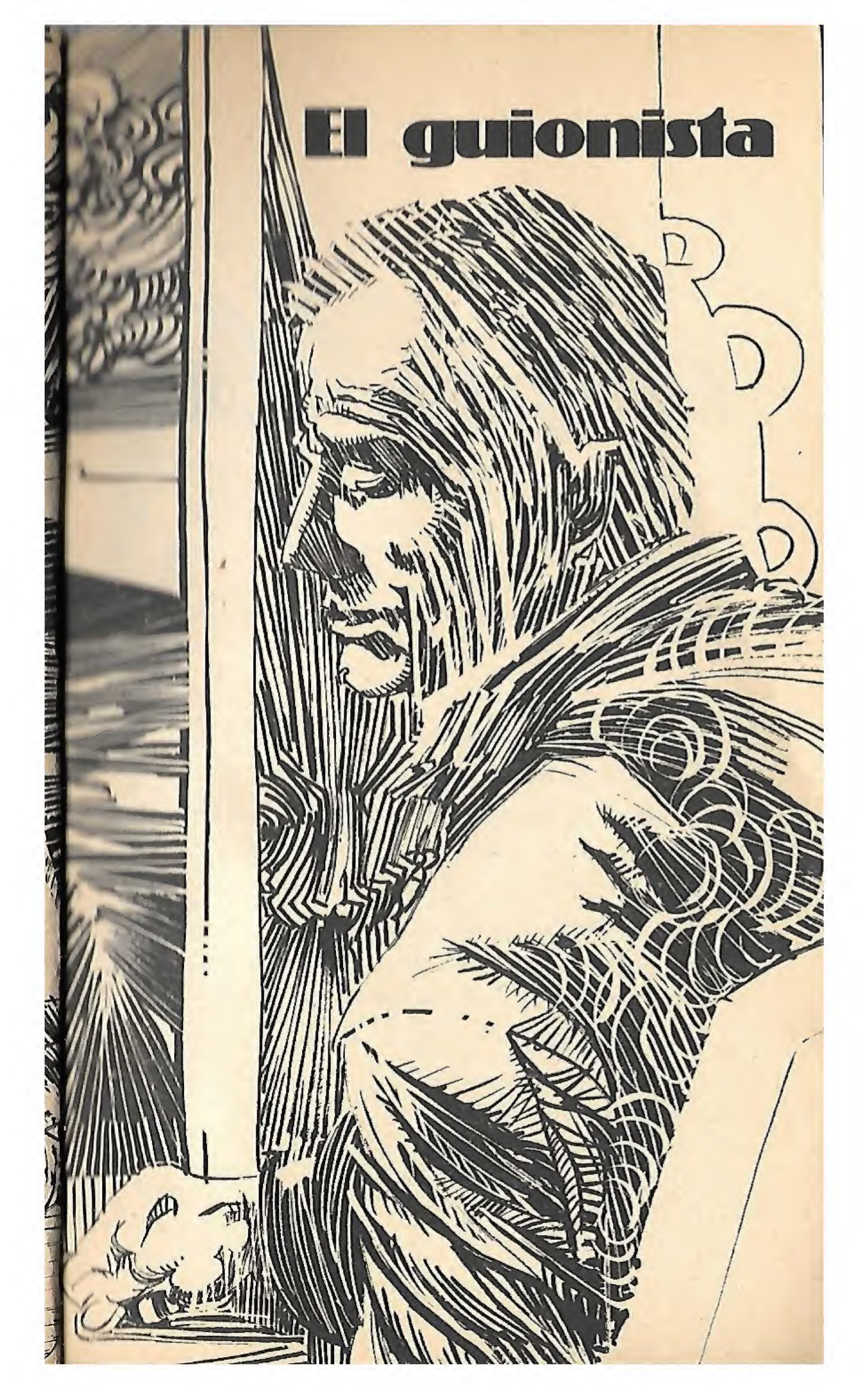
Al doblar una esquina, alguien, agazapado entre las sombras, se te acercó para pedirte fuego. Ignorabas entonces, pese al inquietante aspecto de aquel individuo, que ibas a ser víctima de un atraco. Cuando iluminaste su rostro cetrino con el encendedor viste también el brillo de su larga navaja, y cómo ésta se acercaba hasta el centro mismo de tu vientre. Reaccionaste con celeridad y, con un rápido movimiento, lograste arrebatarle la navaja. Ibas a convertirte de agredido en agresor, pero aquel individuo tenía un cómplice. Lo supiste cuando ya no había remedio, cuando la otra navaja se hundió certeramente en tus espaldas, justo en el mismo sitio donde la tuya se había hundido en las espaldas de tu madre.

Con aquella cuchillada te cercenaron el aliento. Caíste al suelo envuelto en sangre. Pero tu mente seguía despierta, como lo sigue ahora todavía. Fuiste plenamente consciente de la forma frenética con que aquellos ladrones hurgaban en tus bolsillos hasta lograr arrebatarte la cartera. La abrieron y cogieron su contenido.

—¡Sólo veinte libras! ¡Pobre imbécil!

Luego la cartera cayó, abierta, delante de tus narices. De tal forma que ahora, en el último momento de tu vida, estás contemplando, a través de la fotografía, el amoroso rostro de tu madre.




El guionista

El guionista

Pedro Montero

Era un guionista en declive y la protagonista de la historia que intentaba vender una estrella de cine en decadencia. También tenían otro punto en común: ambos estaban dispuestos a TODO con tal de conseguir que el productor les renovara sus contratos con el estudio.



ÓNICA entró con el carrito de las bebidas. Sobre él había una bandeja que contenía doce copas de champán ya servidas. Los invitados se arremolinaron alrededor de la anfitriona, tomando una copa cada uno.

—¡Que nadie beba ni un sorbo! —gritó Mónica para hacerse oír—. Vamos a brindar.

Cuando cada uno tuvo su correspondiente copa en la mano Mónica pidió silencio y, elevando la suya, dijo:

—Por el difunto.

Toda la reunión permaneció en suspenso, silenciosa, y alguien preguntó.

—¿Por qué difunto?

—Brindo por el cadáver de uno de nosotros —dijo ella—. Cada uno tiene en la mano una copa de lo que cree champán, y seguramente lo es. Hay doce probabilidades contra una de que el contenido de cada copa sea Dom Perignon del cincuenta y seis.

—¿Y esa otra posibilidad? —preguntó una voz.

—La doceava probabilidad —explicó Mónica con una sonrisa, mientras algunos invitados hacían des-

cansar su copa sobre las mesas— consiste en que el contenido de su copa sea cianuro aromatizado. Un veneno tan fulminante que apenas humedezca en él sus labios caerá muerto sobre la alfombra.

Un murmullo general y algunas risas nerviosas se levantaron de la asamblea.

—¿A qué viene esto? —inquirió Amanda Wanda.

—Es una broma —dijo Roy Santini.

Por toda respuesta, Mónica tomó una ensaladera y depositándola sobre una mesita vertió en ella una mínima porción del contenido de su copa.

—Les ruego a cada uno de ustedes que hagan lo mismo —pidió.

Uno por uno, los doce invitados fueron aproximándose a la ensaladera y repitieron el gesto de Mónica. Cuando el último hubo escanciado en el recipiente unas gotas de lo que tenía todo el aspecto del champán, ella depositó la ensaladera en el suelo a la vista de todos y llamó a Minino.

—Bsss, bsss, bsss —bisbiseó—. ¡Minino!

El gato no tardó en hacer su aparición; Mónica, tomándolo en sus brazos, depositó en su hocico un beso de despedida. A continuación dejó al felino en el suelo, al lado de la ensaladera, y regresó al lugar en donde estaba. El gato se aproximó a la vasija y hundió sus bigotes en el líquido que contenía. Casi instantáneamente sufrió un espasmo y se derrumbó cadáver, hundiendo la cabeza en el champán vertido por los asistentes.

—¡Es cierto! —exclamó Ursula Lamour, sintiendo que estaba a punto de perder su ropa interior a causa del susto.

—¡Veneno! —gritó histéricamente Giacomo Langhella, desmintiendo involuntariamente su fama de donjuán.

—¡Qué locura! —profirió Ramona Rowland, que acababa de salir de una cura psiquiátrica.

Otro invitado se adelantó ligeramente sin soltar su copa y fijando su mirada en Mónica preguntó con aire de autoridad:

—¿A qué viene esto, Mónica?

....

—No interesa —dijo Gordon.

—¿Cómo que no interesa? —exclamó el guionista—. ¿No es un buen arranque?

—Demasiado bueno —replicó el productor—. ¿Es que vamos a tener durante el resto de la película a todos los invitados con la copa en la mano para que al final beban y uno resulte muerto? Mira, Harry —dijo el productor—; no basta con crear buenas situaciones, es preciso que puedan mantenerse y que respondan a una lógica elemental para que el espectador no se sienta estafado. ¿De qué sirve —continuó— asustar durante hora y media a la gente con fantasmas si luego se le explica que todo era un truco preparado por el niño de la casa con unos cuantos globos y pintura? ¿Por qué, por ejemplo, hay veneno en una de las copas?

....

—¿Por qué hay veneno en una de las copas, Mónica? —preguntó Patrik, el decorador.

—¿No decíais que mis fiestas resultaban insulsas? —respondió la anfitriona.

....

—Compréndelo, Harry, nadie echa veneno en una copa para animar una fiesta —dijo el productor con tono cansino.

—¿Ah, no? —replicó el guionista—. ¿Y cuando la fiesta de Patricia O'Sullivan?

—Eso fue diferente. Además —explicó el productor—, no basta con que un asunto sea cierto ni con que algo esté basado en hechos reales. Por lo general, la vida suele ser más aburrida que las películas.

—Lo sé, lo sé —repitió Harry—; pero suponte que cada uno de los asistentes a la fiesta ha hecho una faena a Mónica, que es una estrella en declive, y ella quiere vengarse obligándoles a jugar a esa especie de ruleta rusa.

—¿Por qué supones que los invitados van a beberse el champán? —preguntó Gordon.

....

—¿Por qué supones que vamos a bebernos el champán? —preguntó Roy Santini.

—Porque mezclado con el vino de las once copas que no contienen veneno hay un antídoto.

—¿Un antídoto? —preguntaron varios invitados a coro.

—Exacto —dijo Mónica—. Un antídoto contra un veneno que nadie, salvo yo, sabe cuál es.

—¿Y para qué necesitamos ese antídoto? —inquirió Roberta Risi.

—Para anular los efectos del salmón envenenado —repuso Mónica, calmadamente—. Te felicito, querida —dijo dirigiéndose a Amanda Wanda—. Tú fuiste la única en notar un gusto raro en el pescado, aunque también lo comiste.

—Oh, gracias —repuso Amanda—. Mi madre me decía siempre...

—¡Silencio, estúpida! —interrumpió David Montgomery—. ¿Es cierto lo del salmón? —demandó a la anfitriona, y como ésta afirmara con la cabeza, añadió—: Tú también lo probaste. ¿Acaso había alguna porción sin envenenar?

—Eso hubiera sido poco deportivo, querido David —repuso Mónica, que se jactaba siempre de tener una tía-abuela inglesa—. Yo también estoy envenenada.

—¡Llamen a la policía! —gritó Langhella.

—¡Cállese, mamarracho! —dijo Amanda.

—Sí, llamen a la policía —continuó Mónica— y pierdan un tiempo precioso. Puede ser que dentro de una hora consigan sacarme la clase de veneno que le puse al salmón, y entonces les llevarán el antídoto tocando la sirena al depósito de cadáveres.

—Pero ¿por qué? —preguntó Roberta, haciéndose eco del estupor general.

—Muy sencillo —repuso la anfitriona—: mi médico me ha dado un máximo de dos meses de vida. Sí, queridos —dijo dirigiéndose a la concurrencia—. Mónica O'Hara va a estirar la pata —explicó, olvi-

dándose por un instante de su ascendencia inglesa—. Pero antes he decidido llevarme a uno de vosotros por delante. Ya veis que soy generosa, sólo a uno.

—Pero Mónica... —suplicó Amanda Wanda.

—¡Silencio, majadera! —exclamó Mónica—. Tú me quitaste el papel en «Las verdes colinas» —dijo, mirando con desprecio el prominente busto de la estrella—. Y tú —continuó, refiriéndose a Jack Durea— le diste el papel principal a esta vaca, ¡y vaya hombrecito! —profirió—, ¡Amanda Wanda!

—Querida Mónica... —dijo Giacomo Langhella.

—¡Tarzán de pacotilla! —exclamó ella, indignada—. Tú aconsejaste a Durea que no me diera más el papel de Jane para rodar a tu lado. ¿Acaso querías conseguirlo para ese jovenzuelo rubio que te está sacando últimamente la pasta? —preguntó, a punto de echar por tierra su proverbial elegancia—. Y tú, Ursula, conseguiste que, por cuidar tu asqueroso perfil de rata, el cámara de «Nunca es demasiado tarde» me fotografiara echándome diez años encima.

Y así fue reprochando uno a uno los perjuicios que le habían causado a lo largo de su carrera.

—Pero ¿quién eres tú, Mónica O'Hara, para erigirte en juez de todos nosotros? —preguntó Samuel Simpson con tono admonitorio.

—¡Silencio, sabandija! —gritó Mónica, fuera de sí.

....

—¡Eso! —exclamó Gordon—. ¿Por qué Mónica se permite erigirse en juez de todos ellos?

—Esa no es una buena pregunta, Gordon —dijo Harry—. No hay que buscar consideraciones morales. Simplemente porque los tiene en sus manos.

....

—¿Porque nos tienes en tus manos? —preguntó Simpson—. ¿Y tus principios morales?

—¿Qué te parece? —exclamó Mónica—. Ahora sale con los principios morales. ¿Crees que los tuyos eran los más adecuados?

—No te comprendo, querida.

—¿Ah, no? —dijo la anfitriona—. ¿Cuánto te embolsabas por usar la tijera, sabandija?

—Yo..., no sé —vaciló Simpson.

—¿Fuiste peluquero del estudio, Samuel? —preguntó Amanda.

—Yo en tu lugar no daría demasiado trabajo a tu neurona, encanto —repuso Mónica.

—Yo no tengo eso, y no hace falta que me insultes —contestó la aludida.

—Y en cuanto a ti, Simpson, ¿ya no te acuerdas de cuando censurabas mis mejores planos en tiempos del código Hays?

—No sé a qué te refieres, Mónica.

—Pues yo te voy a refrescar la memoria. Durante cuatro años tu cargo de administrativo no era más que una tapadera bajo la cual actuabas de censor del estudio por orden de la Administración y de los corrompidos burócratas de Washington, que consideraban inmoral que yo enseñara las piernas, mientras ellos se pasaban las grandes juergas en Florida con una corista de tercera fila.

—Pero Mónica... —tartamudeó Simpson.

—¡Ni una palabra, santurrón! Eres la peor especie de rata de alcantarilla. Cuando corrían vientos puritanos te erigiste en juez, diciendo lo que la gente podía o no podía ver, según los criterios de tu calenturienta mente, ¡rijoso!, y ahora que hay tolerancia te dedicas a producir asquerosas películas pornográficas.

—Los tiempos cambian... —se atrevió a musitar Simpson.

—¡Ni una palabra más o me olvido de que soy una señora y te dejo morir retorciéndote por el suelo como una serpiente, que es lo que tú eres! —gritó Mónica.

....

—No interesa, no interesa —dijo Gordon—. Si empezamos a sacar los trapos sucios las cosas van a complicarse. Supón que alguno de los jefazos se siente retratado, porque más de uno tendrá ciertas cosas ocultas que no le gustará ver aireadas.

—Pero Gordon —repuso Harry—. Todo eso pertenece ya al pasado; ya se acabaron los tiempos de censura. Hay tolerancia...

—Exacto —dijo Gordon—. Tolerancia. Todos los guionistas sois unos estúpidos y unos ilusos cabezas de huevo; ¿o acaso crees que tolerancia es lo mismo que libertad? Tú, que eres un intelectual, seguro que tienes un diccionario en casa. Hasta yo, que soy un cochino productor...

—No, Gordon... —se excusó Harry.

—No me interrumpas —gritó Gordon—. Hasta yo, digo, tengo uno de bolsillo. Lee —ordenó.

—«Tolerancia: acción de tolerar» —leyó Harry.

—Y ahora busca tolerar.

—«Tolerar: dejar pasar cosas que no son lícitas» —leyó el guionista.

—¿Lo ves? —preguntó Gordon—. Hacer la vista gorda, eso es. ¿Y quién hace la vista gorda? —se preguntó, para responderse a continuación—: Los que tienen la pasta, porque les conviene; pero en cuanto cambien los vientos y se ponga otra vez de moda rezar el rosario en familia, ellos serán los primeros en comprarse uno. Por eso es por lo que no podemos cebarnos en un antiguo censor, sin olvidar que muchos de ellos ocupan ahora altos cargos dentro del estudio.

—Pero, aligerándola —insistió Harry—, ésta podía ser una buena secuencia final.

—Es que no tiene lógica, Harry. ¿Quién me dice a mí que Mónica, que ha servido las copas, no se ha cuidado mucho de poner en la suya champán de verdad?

....

—Si eso es lo que piensas —repuso Mónica—, te propongo cambiar tu copa por la mía, ¿te atreves, Ursula?

—Yo... —vaciló la exótica hawaiana de Pittsburg.

—Puedo garantizar que no sé lo que contiene mi copa, si veneno o antídoto, mezclado con champán. No olvidéis...

—Sí, que tienes ascendencia inglesa —murmuró Langhella, viperino.

—Y si uno de nosotros muere —dijo Patrik—, ¿qué pasará con la policía?

—Ahora viene lo más divertido —explicó la anfitriona—. A mí no me importaría echarme la culpa del crimen, pero ¿y si los médicos se equivocan y lo que tengo es una simple gripe? Todavía soy joven para pasarme el resto de mi vida en la cárcel.

—No tanto —dijo Roberta en voz baja—. Tengo un año más que tú, querida, y en estas circunstancias no me importa decir que nací en el...

—¡No! —interrumpió Roberta—. ¿Qué más da?

—Es decir —continuó Mónica, implacable—, que vas a cumplir cuarenta y nueve.

—¿Cuarenta y nueve? —exclamó Roman Rowland—. ¡Menudo vejestorio!

—Se me ocurre que, como yo soy la única en saber qué clase de veneno hemos ingerido con el salmón, y, por consiguiente, cuánto tarda en surtir efecto y cuál es el antídoto indicado, podríamos divertirnos un rato.

—Por favor, Mónica —exclamó Jack Durea—. Basta de bromas estúpidas.

—¿Bromas? —repuso la anfitriona—. Si quieres arriesgarte lárgate ahora mismo; yo no tengo forma de impedírtelo, pero es posible que antes de llegar al coche sientas un fuerte dolor...

—¿Dónde? —preguntó Ramona, alarmada, experimentando dolores en distintas partes de su cuerpo simultáneamente.

—Eso es un pequeño secreto, por ahora —dijo Mónica—. A propósito —manifestó, dirigiéndose a Ramona Rowland—. ¿Dónde has estado de vacaciones estos últimos tres meses?

—Yo..., en Europa; eso es.

—Tenía entendido que era en la Clínica Los Abetos —repuso Mónica.

—¿En..., en dónde? —tartamudeó Ramona.

—En Los Abetos —repitió la anfitriona con

calma—, que como todo el mundo sabe es una clínica psiquiátrica, porque —continuó Mónica, cruel— estás como una cabra. Sí —exclamó, no permitiendo que la aludida la interrumpiera—. Me he enterado de que desde que te abandonó tu marido por una extra del montón no has dejado de empinar el codo y estás más empapada que un papel secante —concluyó, elevando la voz.

—¡Oh! —fue todo lo que Ramona pudo decir.

—Y tú, Amanda —siguió Mónica—, ¿sabes qué canción ha compuesto el doctor John Monroe para ti?

—No tenía idea de que... —comenzó a decir Amanda Wanda, ilusionada.

—«La silicona y yo» —dijo Mónica, interrumpiéndola—. ¿Te suena el título?

—Eso es una calumnia —protestó Amanda—. Todo lo mío es auténtico.

—Sí, hasta tu estupidez —concedió la dueña de la casa— y esa voz insoportable de rata chillona.

—Basta —dijo Ursula, sintiendo que la próxima andanada iría dedicada a ella—. Bebamos de una vez.

....

—¿Una cerveza, Harry? —dijo Gordon, a quien tanto champán le había despertado la sed.

—Gracias —respondió el guionista.

—De veras, Harry —continuó el productor, abriendo el pequeño frigorífico—. ¿Tú has ido al cine mucho últimamente?

—Me gusta demasiado —repuso Harry concisamente.

—Al público hay que darle ahora películas sencillas, que comprenda sin realizar grandes esfuerzos. Nada de intrigas complicadas ni de argumentos intrincados. Caracteres de una pieza, problemáticas elementales. Como en la televisión. ¿Tú ves televisión, Harry? —preguntó el productor.

—Sí, las viejas películas.

—Bueno, esas interesan a un sector restringido

—explicó Gordon—. Quiero decir los telefilmes de serie.

—No —denegó el guionista—. Son majaderías y refritos degradados de anteriores refritos. Con tanta estupidez ha descendido el nivel de exigencia de los espectadores.

—¡Exacto! —exclamó el productor—. Y nosotros tenemos que amoldarnos a ello, no ir en su contra. ¿Es que somos una institución de caridad? —prosiguió—. No; lo que queremos es vender, y los guiones que tú haces ya no se venden, Harry. No digo que sean malos, pero, ¿tú viste «Un hombre y una mujer»?

—Sí —afirmó el guionista, con resignación.

—¿Y «Rock on the rocks»?

—No, esa no.

—¿Por qué no escribes un guión para Johnny Ward? —preguntó Gordon.

—No podría, Gordon. Yo escribo cosas serias o de risa, pero con cierta calidad.

—Perdona que te diga que esa calidad tuya se ha quedado un tanto rancia. No convence ni emociona —explicó el productor—. Hoy la gente se apasiona por otras cosas. Sí, ya sé que «Casablanca» se proyecta todavía, pero sólo la ven intelectuales y exquisitos y los que se las dan de modernos, pero que no lo son. Los verdaderamente modernos —continuó Gordon— se interesan por los festivales de música pop y por la marihuana —dijo en voz baja—. Si lo que piden es carnaza, se la daremos, Harry. Tú apéate del carro si quieres. No puedo aceptar ese guión que me propones.

—Pero yo he dado a los estudios muchos éxitos —se quejó Harry.

—Nadie lo niega —respondió el productor—, pero no has sido capaz de adaptarte a los nuevos tiempos. Si lo deseas, hay un puesto para ti de corrector de estilo —dijo—. Y acábate la cerveza que se va a calentar.

—Pero Gordon...

—Tu historia no tiene lógica, Harry.

—¿Quién quiere lógica? —protestó el guionista—. Hace falta que las cosas tengan una coherencia interna, pero que se puede forzar con habilidad.

—¡No me digas! —exclamó el productor—. ¿Qué va a hacer Mónica con el fiambre, por ejemplo?

....

—¿Y qué harás con el cadáver, preciosa? —preguntó Giacomo Langhella.

—Eso será cosa vuestra —repuso Mónica, sonriente.

—Suponte que nos negamos a colaborar —dijo Santini.

—Tenéis que decidirlo rápidamente —añadió Mónica, echando una ojeada a su reloj de pulsera.

—¡Oh, Dios santo! —se quejó Montgomery, llevándose la mano a su estómago—. Empiezo a sentirme mal.

—Acabemos de una vez —dijo Simpson, que tenía experiencia en amoldarse a toda clase de situaciones—. ¿Qué quieres?

—Ahí tenéis papel y suficientes bolígrafos —dijo Mónica—. Que cada uno escriba lo que voy a dictarle. Es una carta, y para que no os molestéis yo misma pondré el sobre a máquina... cuando sepa a quién va a ir dirigida —añadió, sarcástica.

Los invitados hicieron lo que la anfitriona pedía y se dispusieron a escribir sin perder de vista sus respectivas copas.

—«Sabes de sobra —dictó Mónica— que no puedo devolverte los diez mil dólares. Te ruego que tengas paciencia y no me amenaces con sacar este asunto a la luz; mi reputación podría verse afectada seriamente y eso no te lo perdonaría. Sabes perfectamente que en lo tocante a mi trabajo no consiento bromas. Sería capaz de matar si creyera que alguien trata de desprestigiarme.» Eso es todo —dijo Mónica—. Ahora firmad cada uno vuestra carta.

....

—No sirve, no sirve —exclamó el productor—.

¿Sabes qué películas estamos rodando actualment
—y como Harry se encogiera de hombros, conti
nuó—: Tres de discoteca, dos de marcianos y una d
catástrofes.

—¿Qué quieres —preguntó Harry—, que escrib
estupideces? No puedo. Y tampoco voy a permane
cer con los brazos cruzados porque tenga un sueld
fijo bajo contrato.

—Ese es el problema, Harry.

—¿Qué problema? —preguntó el guionista.

—Que no voy a poder renovarte el contrato.

. . . .

—Y ahora que ya tengo todos los que podríamo
llamar vuestros contratos firmados, los guardaré cui
dadosamente por si necesito utilizar alguno de ello
—dijo Mónica, volviendo a cerrar la pequeña caj
fuerte disimulada tras un cuadro—. Como ves —dij
la anfitriona dirigiéndose al doceavo de sus invita
dos—, yo no soy como tú. Al contrario: solicito d
todos vuestra firma para que permanezcáis ligados
mí. A ti es a quien odio más, porque a pesar de lo
éxitos que te he dado te negaste hace poco a renova
mi contrato, alegando excusas estúpidas. ¡A mí
—exclamó—. ¡A Mónica O'Hara! ¿Crees que y
puedo soportar verme alejada de los estudios o visi
tarlos los sábados por la tarde como una estúpid
provinciana? Te equivocas, querido, los estudios so
mi vida, por lo que teniéndote en mis manos, com
ahora te tengo, desearía con todas mis fuerzas que t
fueras el agraciado con el veneno; pero he decidid
jugar limpio y no sé si podré darme la satisfacción d
verte cadáver en cuanto pasen... —y consultó su re
loj— tres minutos, más o menos. Así pues, si no que
réis contemplaros dentro de unos instantes, y esto
segura de que no, retorciéndoos por el suelo, dispo
neos a beber el contenido de vuestras copas a un
señal mía.

Todos los presentes se apresuraron a sostener su
respectivas copas como si se tratara de un macabr
brindis, y Mónica, levantando la suya, exclamó:

—¡Por el difunto! —y todos apuraron el contenido hasta las heces.

Hubo unos segundos de silencio absoluto, y, de repente, uno de los presentes se derrumbó fulminado.

. . . .

—¿Quién fue? —preguntó Gordon, intrigado.

—¿No decías que no te interesaba esta clase de historias? —inquirió Harry a su vez.

—Desde luego que no. ¿Murió ella misma? —preguntó de nuevo.

—Eso vale un dinero, Gordon —dijo el guionista—. ¿Sería la sofisticada Ursula Lamour o la espectacular Amanda Wanda? ¿Habrá muerto el tarzán de pacotilla o el antipático censor? ¿Habría de verdad veneno en su copa o falleció de un ataque al corazón a causa del susto? ¿Sería la propia Mónica la que aceleró su muerte con la ingestión de aquel tóxico mortal o, por el contrario, habrá fallecido el antipático productor que se negó a renovarle el contrato?

—Apostaría a que fue ella misma —dijo Gordon—. Así les dio un gran susto y se fue contenta al otro barrio.

—Es posible —concedió Harry.

—¿Quién diablos fue? —preguntó el productor.

. . . .

Hubo unos segundos de silencio absoluto, y, de repente, uno de los presentes se derrumbó fulminado.

—¡Gordon! —exclamó Amanda Wanda dando un grito.

—He sido afortunada —dijo Mónica mirando el cadáver del productor. Tú hacías el número doce, Gordon, y era a ti a quien más odiaba, y mira por dónde el destino ha querido que tú tuvieras la copa envenenada. Conque te negabas a renovarme el contrato, ¿eh? ¡Pues púdrete ahora en el infierno! —exclamó, propinando una patada al cadáver.

. . . .

—¡Muy gracioso! —exclamó Gordon, furioso—. ¿Eso es lo que tú llamas un juego privado?

—Más o menos —repuso Harry—. Privado, sí, pero nada de juego.

—¿Qué quieres decir?

—Nada de particular. Que si no me renuevas el contrato podría dedicarme a mi antigua profesión. Yo también estuve en la universidad, Gordon.

—¿Ah, sí? —preguntó el productor—. ¿Y qué estudiaste?

—Farmacia —repuso Harry lentamente.

—Cuánto me alegro, Harry —dijo Gordon, carraspeando—. Pero no creo que sea necesario. Ya te he dicho antes que puedo ofrecerte un puesto de corrector de estilo.

—¿Crees que me divierte la perspectiva de pasarme el resto de mi vida leyendo esa basura a la que ahora llamáis guiones?

—Eso es cosa tuya, Harry —dijo el productor.

—Pero Gordon —alegó el guionista—. Reconoce que te has interesado por la historia, y eso que no es más que una secuencia. Si hubiera descrito a los diferentes personajes y los hubieras conocido, la emoción hubiera sido mucho mayor al no saber quién iba a morir. Si te ha intrigado una situación en la que los personajes son meros esquemas sin alma, ¿no hubiera sido mucho mayor el interés al saber en peligro de muerte a un conocido tuyo?

—No quiero resultar pesado, Harry, pero eso no interesa hoy día, aunque ya te he dicho que a nivel personal puede que me guste. Siento tener que decirte que o aceptas el puesto de corrector o tendrás que ponerte a vender aspirinas. No podemos renovarte el contrato.

—¿Sabes qué día es hoy, Gordon?

—Sábado, ¿por qué?

—¿Me creerías si te digo que me he pasado toda la noche en mi despacho perfilando esta historia, aunque no tengo testigos que lo corroboren? —preguntó el guionista.

—No hacen falta testigos, Harry, te creo.

—¿Sabes que conozco una puerta por dónde salir sin que me vea ningún vigilante y que nadie sabe que tú y yo ahora estamos juntos en este despacho?

—¿Y qué? —repuso Gordon.

—Con todo eso, y habiéndote dicho además que estudié farmacia, ¿qué te parece si añado que hace un rato te he visto paladear repetidamente un sorbo de cerveza como si le notaras un gusto raro? —preguntó Harry.

—Es cierto, sabía como... ¿A dónde quieres ir a parar? —dijo, repentinamente alarmado, oliendo el vaso.

—A lo siguiente —explicó el guionista—: Yo sabía que no tenías intención de renovarme el contrato, y sabía también que te pasas el día bebiendo cerveza como un cerdo; así que, ideando mi historia, se me ocurrió que podía trasladarla a la realidad. ¿No fuiste tú quien dijo que la realidad era más aburrida que el cine? —preguntó, sarcástico.

—No seas infantil, Harry —dijo el productor, oliendo de nuevo su vaso.

—Te aseguro que no hay broma en lo que te estoy diciendo. Cuando antes entraste a lavarte las manos mezclé con tu cerveza cierto veneno tan sutil que apenas modifica el sabor de los alimentos y bebidas, y tan mortal que a los cuarenta y cinco minutos mata a un caballo si no se le proporciona antes el antídoto adecuado, desde luego —y diciendo esto tomó unas hojas que había encima de la mesa y continuó—, yo sé que este es mi contrato, y sé también que basta con mi firma y con la tuya, puesto que estás autorizado, para que este documento tenga validez por otros cinco años; así que —dijo mientras lo firmaba— ya sólo falta que estampes aquí tu firma —concluyó, haciendo girar el documento sobre la mesa.

—En mi vida... —comenzó a decir Gordon, pero se detuvo, llevándose las manos al vientre.

—Pura aprensión, Gordon —comentó el guionista—. El miedo te ha hecho contraer involuntaria-

mente algunos músculos. Relájate y verás cómo se te pasa.

—Déjate de bromas, Harry. Me siento verdaderamente mal... Qué dolor.

—Es un dolor fantástico, imaginario... Y ahora que lo pienso —dijo Harry—, ¿sabes cuánto tiempo ha pasado desde que te tomaste la cerveza? —preguntó, consultando su reloj—. Cuarenta y dos minutos. Pero no te preocupes —dijo, sacando de su bolsillo un diminuto frasco—. Tío Harry tiene aquí la solución..., siempre que me firmes el contrato, desde luego.

—Por favor, Harry, estoy realmente enfermo —suplicó Gordon, sudando a mares y retorciéndose de dolor.

—¿Creías que estaba de broma, Gordon? A propósito, ¿cuáles son tus flores favoritas?

—¡Harry! ¡No puedo soportar el dolor! ¡Ayúdame! —gritó el productor.

—¿Me renuevas el contrato?

—¡Sí! —exclamó Gordon, firmándolo y aullando de dolor—. ¡Ahora dame eso! —dijo, arrebatando de las manos de Harry el frasquito.

Pero éste forcejeó con él unos instantes, volvió a apoderarse del diminuto botellín y, tras abrir una ventana, lo arrojó por ella. Acto seguido tomó el teléfono y marcó un número.

Harry aparcó su coche y avanzó por el jardín en dirección a la puerta de la casa. De pronto oyó voces procedentes de la parte de atrás. Rodeó el edificio y se dirigió hasta la piscina, al borde de la cual, sentados en sendas hamacas, reposaban un hombre y una mujer, mientras dos niños jugaban en el agua alborotando el apacible ambiente con sus gritos.

Apenas vio a Harry, la mujer abandonó su asiento y se dirigió hacia él, sonriente.

—¡Niños! ¡Aquí está tío Harry! —exclamó, y desde la piscina llegaron los ecos de un alborozado saludo.

—¿Cómo estás, Gordon? —preguntó Harry al convaleciente productor.

—Mejor —repuso éste con voz débil.

—¿Es esa forma de saludar a tu salvador? —preguntó la esposa de Gordon, sonriente—. Si estás cerca de él cuando le dé el próximo ataque de apendicitis deja que sea él mismo quien llame al hospital para pedir ayuda.

—Lo haré —aseguró Harry.

—Voy a traerte algo de beber —dijo la mujer, alejándose.

—Me diste un buen susto —aseguró Gordon cuando su esposa se encontró lo suficientemente lejos para que no les oyera.

—Siento haberte provocado el ataque, pero el médico me ha dicho que aquel día, o al siguiente, se te hubiera perforado el apéndice.

—Pero tú me lo aceleraste con el susto —repuso Gordon.

Fue como un parto prematuro —dijo Harry, riendo—. Te aseguro que se trató de una broma estúpida, pero quería convencerte de la validez de mis ideas. De todas formas conseguí que me firmaras el contrato. No sabes el miedo que pasé cuando comprendí que estabas enfermo de verdad.

La esposa de Gordon se aproximó con unas copas en una bandeja y las depositó en una mesita cercana.

—¿Qué es eso? —preguntó el productor.

—Champán —repuso ella—. Vamos a brindar por tu recuperación y por Harry.

La sonrisa que el guionista había dirigido al productor indicándole con un gesto las copas de champán, se borró instantáneamente de sus labios cuando la mujer preguntó a Gordon:

—¿Cuándo firmáis el contrato definitivo?

—¿Qué contrato? —preguntó Harry, confuso.

—El tuyo —repuso ella—. Tu contrato con el estudio.

—Lo firmamos un momento antes de que a tu marido le diera el ataque de apendicitis.

—El definitivo, quiere decir —añadió Gordon, exhibiendo una amplia sonrisa—. Lo que firmamos no

es más que un compromiso sin valor legal. Un pacto entre caballeros. El verdadero contrato necesita la presencia de testigos.

—¿Un pacto entre caballeros? —preguntó Harry, palideciendo.

—En efecto —repuso Gordon—. Y, a propósito —añadió—, ¿tú me consideras a mí un caballero?

—Yo..., desde luego —repuso Harry, rehaciéndose de la impresión.

—En ese caso —continuó diciendo Gordon—, vamos un momento a mi estudio a discutir los pormenores. Cuando estemos de acuerdo llamaré por teléfono a Miller para que nos sirva de testigo. ¿Nos perdonas un momento, querida?

Sobre la mesa del estudio de Gordon reposaban las hojas del contrato definitivo. El productor se sentó e invitó a Harry a hacer lo mismo.

—Bien, Harry, parece que te vas a salir con la tuya —dijo.

—Eso parece —repitió el guionista con sonrisa de conejo.

—Pero antes de firmar, cosa que sin duda estarás deseando que se lleve a efecto —añadió el productor—, tengo que devolverte algo —dijo, rebuscando en uno de los cajones del escritorio.

—¿Algo mío? —preguntó Harry.

—En cierto modo —respondió Gordon, extrayendo un revólver del cajón.

—¿Qué haces, Gordon? —dijo el guionista, nervioso—. No me gusta jugar con armas.

—¿Ah, no? —manifestó el interpelado—. Lo tuyo es el veneno, ¿verdad, señorita O'Hara?

—Hay que saber encajar las bromas, Gordon —alegó Harry, levantándose.

—Pues por eso —dijo el productor—. Yo acepté la broma que tú me diste y que por poco me hace estirar la pata. Desde entonces he estado pensando en la forma de devolvértela. Aquí hay un revolver —ex-

plicó el productor abriendo el tambor—, y como ves está cargado con seis balas —continuó Gordon, depositándolas encima de la mesa—. Ahora introduzco una sola y hago girar el tambor...

—Me voy, Gordon... —tartamudeó el guionista.

—¿Y tu contrato, Harry?

—Me voy —repitió éste.

—Está bien; pero te aseguro —dijo el productor— que antes de que hayas cruzado esa puerta voy a disparar contra ti. Solamente una vez. De modo que tienes seis probabilidades contra una de salir vivo de esta habitación.

—No..., no vas a hacerlo, Gordon —dijo Harry, sudando copiosamente y con el rostro ceniciento.

—Sólo tienes una forma de comprobarlo, Harry, y es intentando salir. Te advierto que tengo excelente puntería.

—No puedes exponerte...

—Claro que puedo —dijo el productor haciendo añicos el cristal de la ventana y abriéndola—. Cuando entramos en el despacho —continuó diciendo, a la vez que de un manotazo lanzaba al suelo todos los papeles que había sobre la mesa—, sorprendimos a un ladrón, se puso nervioso y disparó con esta pistola que me han proporcionado personas de garantía. Nadie podrá pensar que he sido yo, y mi esposa corroborará mi historia.

—Por favor, Gordon —rogó Harry, a punto de desvanecerse.

—Ahora verás —dijo el productor, apuntando a la cabeza de Harry con dificultad debido a los temblores de que era presa el guionista—. Recuerda, Harry, seis contra uno.

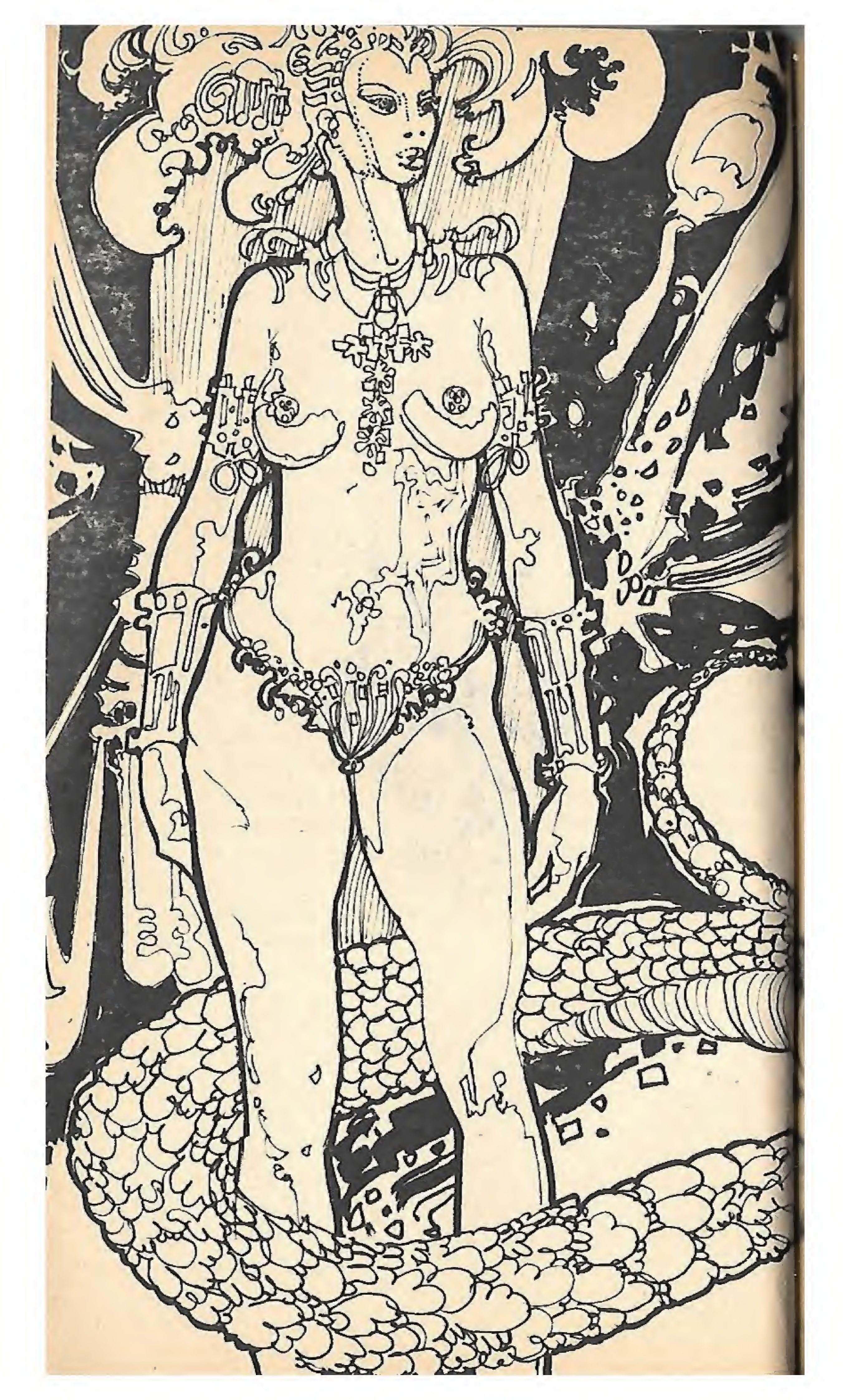
—¡Gordon! —gritó el guionista—. Mi... mi corazón... —exclamó, llevándose las manos al pecho y doblándose sobre sí mismo.

—¡Farsante! —exclamó el productor, apretando el gatillo.

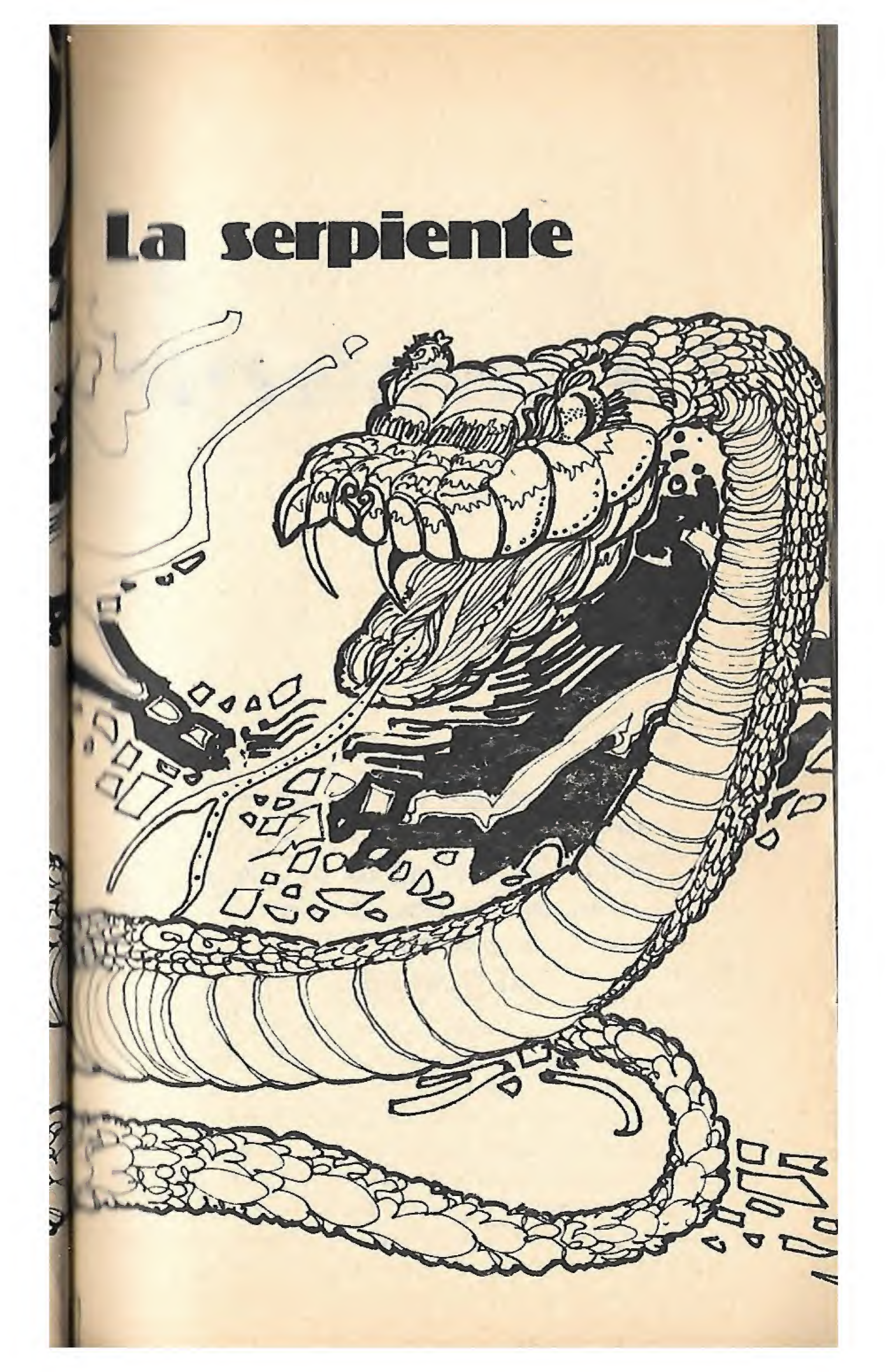
Se escuchó un «clic» y el tambor avanzó un paso. Gordon depositó el revólver sobre la mesa y se sentó.

—Has tenido suerte —dijo—. Se acabó el juego.
—¡Nada de eso! —gritó Harry, rehaciéndose.
Tomando el revólver con mano trémula apuntó hacia donde se encontraba Gordon y disparó varias veces sin resultado. Al quinto disparo se oyó una gran detonación y Gordon se derrumbó detrás de la mesa. Harry arrojó el revólver y abrió la puerta dispuesto a huir, pero la esposa de Gordon, que se encontraba en el umbral, le cerró el paso.
—¿Qué ruido ha sido ése? —preguntó, y acercándose a donde yacía su marido dijo malhumorada—: Ya está bien de tonterías, cariño.
El productor se levantó sacudiéndose el polvo y guiñó un ojo a Harry.
—Bala de fogueo —dijo.
—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó la esposa del productor.
—Nada —contestó Gordon—. Hemos estado ensayando una bonita secuencia —y tomando el teléfono marcó un número—. ¿Miller?... ¿Puedes acercarte un momento por casa? Quiero renovar el contrato a Harry y me hace falta un testigo... Sí..., sí, sí, pero he cambiado de opinión... ¿Otra de discoteca? Oh, no; tengo planes mejores —dijo, sonriendo a Harry.
—¿Salimos a tomar el champán? —preguntó la esposa de Gordon.





La serpiente



La serpiente

Fernando Martín Iniesta

Todo surgió cuando aquel escritor de comedias se propuso buscar, en una época en que el erotismo ha perdido todo su misterio, lo que puede haber en él de demoníaco.



EL tráfico era pesado cuando me dirigía a casa de Albert. Habían caído las primeras lluvias del otoño y las calles brillaban resbaladizas bajo la luz de las farolas. En la larga avenida la circulación era lenta. Los semáforos en intermitencias habían cedido su acción reguladora a los guardias, lo que creaba un irritante caos circulatorio. Eran las diez menos cuarto de la noche cuando conecté la radio en busca de cualquier melodía ramplona que me distrajese durante el recorrido. Transmitía en aquel instante un boletín de noticias. Cuando me disponía a cambiar de emisora una curiosa noticia detuvo mi mano: «En una céntrica avenida un taxi ha atropellado a una serpiente pitón de tres metros de largo y quince centímetros de grosor, que circulaba por la calzada.» Lo curioso de la noticia era que por aquella zona residencial no había ningún circo ambulante y en el zoológico aseguraban que no se había escapado ninguna serpiente de estas características ni de ninguna otra. ¿Qué podía hacer una serpiente pitón caminando tranquilamente por aquella zona?

¿Cómo había llegado hasta allí? ¿Quién era su propietario? ¿Desde cuándo se dejan sueltas a las pitones para que paseen por la ciudad? Esta y otras preguntas se las formulaba el locutor. La policía había confirmado que en ninguna comisaría se había presentado denuncia sobre la pérdida o la fuga de un animal semejante.

Cambié de onda la radio hasta dar con un programa musical. Pero aquellas preguntas que se había formulado el locutor, y otras que me fueron surgiendo, martillearon mi cabeza. Logré aparcar casi en la misma puerta de la casa de mi amigo. Pulsé el timbre y nadie me respondió. Creyendo haberme equivocado de número confirmé, consultando mi agenda, las señas de Albert. No. No había sufrido ningún error. Volví a pulsar el timbre, esta vez con insistencia, y nadie respondió a mi llamada.

Albert era persona que se caracterizaba por su puntualidad, por lo que me extrañó no poco aquella ausencia. Al telefonearme para pedirme que fuese aquella noche a su casa, sobre las diez, me había especificado que estaría esperándome desde las nueve y media. El motivo de aquella entrevista era importante, al menos para él: quería que financiase un espectáculo erótico-musical, cuyo libreto había escrito el año anterior y cuya música había compuesto el maestro Rullán, el más conocido y famoso del género en el país. Yo le había puesto algunas condiciones, entre ellas que se contratase a una famosa vedette llamada Norma Rossi, que actuaba por entonces en París. La conversación telefónica que había motivado aquella cita fue breve:

—¡Hola!

—¡Hola!...

—Tengo buenas noticias —me insinuó Albert—. Es necesario que nos veamos esta noche.

—¿No puedes adelantarme nada?

—¡Es una sorpresa!... ¡Una sorpresa maravillosa!

—Entonces...

—¿Puedes venir a casa a las diez?

—Sí...

—Te esperaré... desde las nueve y media. No faltes.

—No faltaré.

Volví a pulsar el timbre; nada. Pensé que debía haber salido a buscar cualquier cosa y que no tardaría en regresar. Como hacía frío y era bastante la humedad por la lluvia caída decidí esperarle dentro del coche, aparcado casi en la misma puerta. «Lo veré, lo veré cuando regrese.»

Fumé varios pitillos antes de mirar el reloj; eran las once. Antes de marcharme —una hora de espera me pareció demasiado—, por si Albert se hubiese quedado dormido, cosa poco probable, volví a pulsar el timbre; no hubo respuesta.

Regresé a casa.

A la mañana siguiente, al despertarme, con ese carácter mecánico que tiene la costumbre, me puse una bata y recogí tras la puerta la botella de leche que me dejaba cada mañana el lechero, junto al periódico. Después de prepararme un café miré el diario. ¡En la primera página, y a dos columnas, venía la noticia del hallazgo del cadáver de Norma Rossi, muerta por estrangulamiento en extrañas circunstancias. La reseña periodística no aclaraba mucho más que los titulares: «En un edificio de apartamentos, situado en un barrio céntrico y lujoso, se había hallado muerta a la famosa vedette Norma Rossi, en circunstancias extrañas.» Después, unos datos biográficos sobre la estrella, que trabajaba en París habitualmente.

¿Qué hacía Norma en nuestra ciudad?, fue lo primero que me pregunté. Sabía que, desde hacía un año, Albert había intentado ponerse en contacto con ella, sin lograr una promesa de compromiso. Yo estaba decidido a producir ese espectáculo, pero con una primera figura, y Norma nos había parecido la ideal. Según me había dicho Albert, tenía firmado un contrato por cinco años con aquella sala parisina y sería casi imposible, por tanto, que ella pudiera actuar con nosotros antes de su cumplimiento, por lo

que desde hacía unos meses habíamos dejado dormido el asunto. Sin embargo, Albert me seguía llamando esporádicamente con nuevas proposiciones que yo no había aceptado por parecerme poco seguras. Su última llamada había sido la tarde anterior, citándome en su casa y olvidándose de la cita, al parecer, ya que me harté de esperarle.

Volví a releer la noticia del periódico como si buscase, entre líneas, el secreto de aquella extraña muerte de Norma. Personalmente apenas la conocía; solamente la había visto actuar en dos ocasiones y mi interés en que fuese la vedette de aquel espectáculo estaba justificado, ya que Norma, además de poseer excelentes dotes de cantante y bailarina, representaba una nueva forma del erotismo, precisamente aquella que yo había advertido en el texto de Albert y que tan poderosamente me había llamado la atención, hasta el extremo de comentarle:

—¿Qué has pretendido, Albert?

—En una época en la que el erotismo ha perdido su misterio, buscar lo que hay en él de demoníaco...

—¿Y si no lo hay?

—Al parecer, yo... lo he encontrado.

Confieso que me pareció presuntuoso el intento. Realmente, sólo unos pobres ingenuos, asociando el erotismo a un complejo de culpa, podrían, en nuestro tiempo, mitificarlo hasta ese extremo. Pero debo confesar que, al menos como literatura, Albert había logrado ese hálito misterioso del que hablábamos. Sin embargo, pensaba —y nunca se lo dije— que la música, el decorado, el vestuario y todo ese oropel con que vestiríamos el espectáculo mataría o apagaría el ambicioso intento de Albert. Ambos pensábamos que sólo una figura de la talla de Norma podría salvar aquel intento, por lo que era imprescindible que lo interpretase. Sin ella «aquello» sería «otra cosa». De acuerdo en este punto, decidimos esperar hasta encontrar a alguien que pudiera suplantarla.

Acababa de servirme la segunda taza de café cuando sonó el timbre de la puerta. No esperaba la

visita de nadie y menos a aquella hora. Mis amistades sabían que acostumbraba a trasnochar y me levantaba tarde. No podía, por tanto, ser nadie conocido, ya que lo lógico sería telefonearme primero. Pensé que sería una equivocación, alguien que se había confundido de piso, cosa que sucedía con bastante frecuencia.

El timbre volvió a sonar. Por la firmeza y seguridad con que lo habían pulsado no era un error. Quien fuese sabía dónde estaba llamando y, al parecer, tenía prisa o estaba impaciente por saber si me hallaba en casa.

Abrí la puerta; frente a ella estaba Albert. Un Albert sin afeitar, con aspecto de no haber dormido y con una gabardina mojada por la lluvia. Su cara era la de un hombre abatido, con los ojos desmesuradamente abiertos.

Tuve que ayudarle a entrar y a sentarse en un sillón. Parecía no ver nada de lo que le rodeaba. Tras tomar una taza de café, que tuve que poner ante su boca, y después de cubrirse la cara con las manos y permanecer así un rato, logró decirme:

—¿Lo... sabes?

Por toda respuesta le mostré la primera página del periódico y él asintió con la cabeza. Hubiera deseado que descansara y se tranquilizara antes de escuchar lo que, ¡estaba seguro!, tenía que decirme, pero comprendí que únicamente hablando, sabiéndose escuchado y comprendido, podría recuperar algo de paz. Tras una larga pausa comenzó su relato:

—Debes saber que en ningún momento he perdido el contacto con Norma. Fui a visitarla a París. Tras mucho insistir por mi parte se decidió a conocer la obra que queríamos que interpretase, y se la envié. A las pocas semanas recibí esta carta de ella...

Y me tendió un sobre con una cuartilla color rosa escrita con letra picuda y de ágiles trazos.

—Puedes leerla —me dijo.

Extraje del sobre la cuartilla y leí:

«Querido amigo: He leído su obra. Me ha intere-

sado extremadamente, aunque creo es susceptible de mejorarla, y para ello podrían servirle mis experiencias personales. Estaría dispuesta a interpretarla siempre que usted aceptase mis sugerencias... Iré a visitarle dentro de unos días. De viva voz conocerá mis observaciones. Hasta entonces. Suya, Norma.»

Le devolví la carta y respeté su silencio, que rompió pronto:

—Me telefoneó para avisarme de su llegada, rogándome que buscase un apartamento donde nadie pudiese reconocerla, ya que vendría de absoluto incógnito. Así lo hice y...

—Por eso me telefoneaste ayer, ¿no?

—Sí. Pensábamos estar de regreso en casa a las diez. Confiaba que la entrevista fuese positiva y...

—Sigue, por favor, con tu relato.

Dudó antes de proseguir y, tras quitarse unas imaginarias sombras de los ojos, con dificultad, siguió:

«Ayer fui a esperarla al aeropuerto. Me llamó la atención que sólo trajese, como equipaje, un pequeño maletín y una gran cesta de mimbre. Inmediatamente me pidió que la llevase a su alojamiento y, al entrar en él, se sintió feliz al ver el gran ramo de flores que había mandado traer para ella.

—Parece haber adivinado mi gusto —me dijo—. Amo los apartamentos de una sola pieza, aunque sean sólo para unas horas...

Yo había tenido mis dudas al escoger el alojamiento; por eso al comprobar que había acertado no pude disimular mi satisfacción.

—Tengo poco tiempo, y usted lo sabe... Por lo que será mejor que hablemos del asunto que me ha traído aquí.

—Como prefiera...

—Tendremos oportunidad de conocernos mejor. Pero, por hoy, debe bastarle, mi querido amigo, con que sea capaz de hacerle comprender que necesito de usted, que su obra ha sido el gran sueño de mi vida y que hasta que leí su libreto no había encontrado a

nadie capaz de..., ¿cómo se lo diría?..., comprenderme y escribirla para mí...

—Perdone, pero...

—Sí, por favor, no se moleste... Lo que ha hecho está muy bien. Pero... ¡Yo quiero algo más!... Usted ha pretendido desatar las fuerzas demoníacas que hay en el amor y... Sí, le ruego que me perdone; ha sido... tímido. sí, eso es, tímido...

—Creo que mis personajes, ese hombre...

—Usted lo ha dicho: ese hombre... Pero en el amor hay otras fuerzas... que usted ignora.

—No la comprendo.

—Claro, todavía no me comprende... Pero he venido a eso precisamente... A que... vea... y comprenda...

Confieso que no comprendía nada y comencé a sentirme incómodo. Norma, la gran figura, tenía una mirada misteriosa y extraña, como lejana y desconocida. Una mirada que llegó a asustarme.

—¿Será capaz de transformar en palabras lo que va a ver?

—Lo intentaré.

—Eso es lo que busco: llevar al espectador, con sólo palabras, toda la fuerza de unas imágenes que sólo usted puede ver... ¿Quiere volverse de espaldas?... Gracias... Es sólo un instante... Cuando le avise, puede mirarme... Gracias.

Me volví de espaldas, tal como me había indicado, y esperé, preso de una extraña excitación, que Norma me indicase que podía volverme. Sabía que, ante mi vista, se me iba a ofrecer un espectáculo insólito. Pero ni siquiera la curiosidad pudo alejar de mi un cierto temor.

—¡Ya puede volverse!

Lo hice. Norma se había desnudado completamente y estaba echada sobre la cama en un gesto de entrega infinito. Con voz suave me susurró:

—No se mueva. Vea lo que... vea, no haga el más mínimo movimiento... Y guarde silencio... silencio... silencio...

Norma había abierto la misteriosa cesta de mimbre y de ella salía, lentamente, precedida de un leve silbido, la cabeza monstruosa de una serpiente. Norma había cerrado los ojos. Su respiración se hacía más inquieta en un cada vez más largo flujo y reflujo de sus pechos... Con la mano derecha, como si trazase misteriosas llamadas, lentísimas llamadas, imitaba el cadencioso movimiento de la serpiente. Esta, como movida por una fuerza invisible, quedó unos instantes balanceándose, como contemplando aquel bellísimo cuerpo de mujer que, desnudo y vivo, se le ofrecía. Después se dirigió hacia el lecho. Rozó levemente una de las piernas de Norma, que, como presa de un placer desconocido, lanzó un breve suspiro... La mano seguía, seguía llamando a la serpiente, invitándola a que reptase por su cuerpo, a que se confundiera con su piel, a que la hiciese estremecer en un paroxismo que yo adivinaba desconocido y terrible.

Me sentí paralizado, incapaz de un gesto, de una voz. El espectáculo era sobrecogedor. La serpiente había llegado hasta sus muslos y los recorría lenta y voluptuosamente... La cabeza, la bífida lengua, parecía detenerse en aquel rubio monte de Venus para seguir ascendiendo por el vientre... Llegaba hasta los pechos y, casi con una voluptuosidad humana, fue trazando unas precisas curvas sobre ellos, como acariciándolos, como adivinando la necesidad que alentaba en aquella piel y en aquellos pezones...

Fue entonces cuando Norma comenzó a agitar su pecho volcánicamente y de sus labios partió un grito desgarrado y casi agonizante, y se agitó inconteniblemente en el lecho, mientras intentaba abrazarse desesperadamente a la bestia...

La serpiente, entonces, excitada y temerosa, como despertada a unas sensaciones desconocidas, abrazó con sus anillos las piernas, el cuerpo, la garganta de Norma..., hasta hacerle confundir el grito de placer con el de la muerte.»






Constance

Constance

Alain Nöel

Ella sabía muy bien que el único medio para vengarse consistía en la astucia de morir...



PARA mi desgracia, he sido testigo de acontecimientos espantosos. El recuerdo de los cuales me asalta, a veces, cruelmente. A pesar del tiempo transcurrido, las escalofriantes escenas que presencié frecuentan mis pesadillas con más asiduidad de lo humanamente soportable, y en ocasiones temo que perderé la razón antes que la vida. Porque los horrores que me posesionan son de tal naturaleza que, durante cuarenta años, he considerado mi deber no comunicárselos a nadie. Pero no quiero que la tumba se lleve mi secreto para siempre. Soy ya muy viejo y presiento que el fin está próximo. Tal vez esta historia pudiera ser útil para quienes, con buena fe, se atreven a investigar ciertas tenebrosidades del alma humana. Por eso me decido ahora a escribirla. He dispuesto que el sobre que la contiene sea abierto cuando se dé lectura a mi testamento. Nadie la leerá, por tanto, mientras me quede un asomo de vida.

* * *

Estuvimos de acuerdo en que era mejor enterrar a Constance boca abajo —como debía hacerse con las brujas, según una vieja tradición de Normandía— para que jamás, viva o muerta, pudiera volver a caer en la tentación de presentarse ante nosotros. Nuestro pueblo era demasiado insignificante para que los nazis se hubieran tomado la molestia de ocuparlo. Los americanos estaban desembarcando en nuestras costas y eso nos permitía, por una feliz paradoja de la guerra, vivir sin la presión de autoridad alguna. No había, pues, nadie que pudiera impedir, por considerarla supersticiosa, la forma en que decidimos enterrarla. Constance no tenía familiares directos y sus parientes lejanos tampoco pudieron oponerse después de lo que había sucedido en los últimos días. Enterramos la insufrible maldad de aquel cuerpo, aparentemente muerto, de la forma descrita, pero la tierra no cayó directamente sobre el ataúd, sino sobre una lámina de plomo que colocamos encima de éste. Habíamos supuesto, ilusoriamente, que con ambas medidas precautorias podríamos, en adelante, dormir tranquilos.

El sueño había acudido, entre sobresaltos y con menos profundidad de lo que fuera conveniente, a la mayoría de los habitantes de Tourville. Todos estábamos atentos, en las noches anteriores, al menor ruido que pudiera interpretarse como anormal. Pierre, el herrero, había sido el gran amor de Constance, quien no pudo soportar que aquél la hubiera sustituido por Margot Carpentier, mucho más rica que ella. Aseguraban que Constance tenía tratos con el diablo. Pero yo no creo en el diablo; creo que el diablo es el odio, y el odio de Constance —pronto lo íbamos a saber— era temible, porque se manifestaba indirectamente, porque tenía la facultad de hacer variar el curso de los acontecimientos ordinarios hasta lograr que ocurrieran las cosas más espantosas.

Corrían por el pueblo rumores inquietantes. Hubo quien aseguró haber visto a Constance entrar simultáneamente en las casas de Pierre y de Margot mo-

mentos antes de la salida del sol. También se decía —aunque no sé de qué forma podía llegar a saberse semejante cosa— que había echado su aliento en todos los espejos de las dos casas con una finalidad inconfesable. Días después de que tales rumores fueran propagados, Margot tuvo una muerte insólita y terrible. Había acudido al mercadillo que se formaba todos los martes en la plaza y de pronto cayó al suelo como fulminada, gritando igual que si le hubieran picado a la vez cien escorpiones. «¡Me quemo!», dijo entre alaridos, pataleando, mientras desgarraba con ambas manos su camisa, como si el fuego proviniese de aquella prenda, dejando el pecho al descubierto. Luego se retorció en el fango y dejó de respirar, con el rostro cubierto de barro. Lo espantoso no era tanto que hubiera muerto de semejante forma como el descubrimiento que hicimos a continuación. Era que, a ras de piel, entre las costillas y en el interior de ambos pechos, se veían algunas manchas oscuras, redondas, del tamaño de un franco. No eran monedas, pero sí objetos metálicos. Eran las cabezas de varios clavos, diecisiete en total, que se le habían incrustado en senos y pulmones sin horadar previamente la piel. Ya sé que es muy difícil de creer. Afortunadamente, no soy yo sólo quien vio aquella monstruosidad. El cadáver fue examinado por el doctor Trudeau, quien, en el momento de escribir estas líneas, todavía vive. El pueblo entero comprobó y se conmovió hasta la náusea por la espantosa realidad de su muerte. Algo tan horrendo y misterioso sólo podía ser obra de una bruja. Pero ¿quién era capaz de adquirir la menor prueba acusatoria contra esa bruja? Un maligno brillo de triunfo brilló en los ojos de Constance al enterarse de lo que había pasado, aunque fingió tanta consternación como la que nos embargaba a todos. Tan conmovidos estábamos que las noticias de la guerra, tan próxima al pueblo, casi no parecían afectarnos. Tras la súbita muerte de Margot, Pierre se volvió medio loco, se encerró en su casa y no quiso ver a nadie. Fue, por tanto, el único que no asistió al

entierro de su novia. Sí lo hizo Constance, así como la señora Edith Lenormand, madre de la muerta.

Aquellos días terribles no había cura en el pueblo, ni nadie, fuera de él, que quisiera ocuparse de nosotros. El resto del mundo, demasiado ocupado en autodestruirse, se había olvidado de nuestra comarca. Nos veíamos obligados, en consecuencia, a bautizar a nuestros hijos y enterrar a nuestros muertos como Dios, el Diablo o ambos al tiempo nos daban a entender. Por primera vez éramos enteramente libres, pero nos sentíamos desprotegidos frente a cualquier agresión física o moral. Y yo creo que fue esa atmósfera de temor y libertad en que se agitaban nuestros espíritus la que favoreció la aparición de hechos insólitos y desacostumbrados, como lo fue la propia muerte de Margot. El teatro de la guerra podía desplazarse hasta Tourville en cualquier momento y la vida adquiría el terrible y maravilloso significado que debió tener para el hombre de las cavernas. Procurábamos vivir intensamente, en la medida de lo posible, y nuestras pasiones estaban siempre muy próximas a desatarse.

Pese a su aspecto compungido, nos dimos cuenta de que Constance estaba gozando el entierro de Margot como el mejor momento de su vida. La madre de Margot despedía hacia ella vaharadas de un odio instintivo, aunque nada dijo durante la improvisada ceremonia. Pero cuando el cuerpo de su hija quedó cubierto por la tierra se acercó a Constance y, sin mediar palabra, le echó las manos al cuello. Era grotesco y terrible contemplar aquel espectáculo. Las sarmentosas y débiles manos de la señora Lenormand no tenían fuerza ni para sujetar el bastón. Y, sin embargo, trataba, con silenciosa furia, de que esas manos fuesen el instrumento de su venganza. Era la única que no le tenía miedo. Pero era también la persona más débil frente a Constance. Confieso que separamos a ambas mujeres de mala gana. En lo más íntimo de nuestros corazones deseábamos la muerte de Constance, pero ninguno de nosotros, salvo la se-

ñora Lenormand, tenía agallas suficientes para proporcionársela.

Lo más penoso de aquella agresión fallida fue el silencio completo en que se desarrolló. En ese silencio se evidenciaba nuestra impotencia, así como el despiadado triunfo de la bruja. Constance tenía los ojos negros, fulgurantes, el cabello negro y, en aquella odiosa ocasión, iba enteramente vestida de negro. Tanta negrura resaltaba su belleza terrible, hasta el punto de parecer la encarnación misma de la muerte. Nos miró a todos con un gesto de desprecio supremo y se encaminó sola hacia el pueblo. Nosotros nos quedamos todavía un rato más en el cementerio, avergonzados, incapaces de mirarnos a la cara o de consolar en lo más mínimo a la anciana señora de Lenormand.

Yo tuve el espantoso privilegio de ser el primero en descubrir el cuerpo sin vida de Constance. Ocurrió tres noches después del entierro de su rival. Tenía treinta y dos años cuando murió, si es que en realidad murió esa noche. Al parecer había dejado de existir súbitamente, sin que nadie le hubiera conocido enfermedad alguna, a no ser esa enfermedad del espíritu que es el odio. Entre sueños advertí que el viento soplaba con mucha violencia. Tanta, que hacía vibrar los badajos y las campanas de la iglesia gemían sorda y constantemente, prolongando su quejido metálico hasta hacerlo similar a un extraño sollozo. Desasosegado, me desperté y pude escuchar con toda claridad el grito de Constance que, surgiendo de las profundidades de la noche, amplificado por la fuerza del viento, indicaba que algo anormal estaba ocurriendo en su casa. Era un grito desesperado y furioso, como el de una fiera acorralada que, consciente de la inutilidad de sus esfuerzos, se dispusiera, sin embargo, a pagar muy cara la vida. El grito había acallado, tan sólo por unos instantes, la lúgubre salmodia de las campanas.

La curiosidad y el deseo de que, en efecto, algo terrible hubiera ocurrido a Constance, tuvieron más

fuerza que el miedo. Me vestí rápidamente y salí a la calle. Las estrellas brillaban con intensidad extraordinaria, pero la noche era muy oscura y tal vez mis ojos me engañaron, haciéndome ver las figuraciones de mi propio espanto. Guardé silencio sobre esas figuraciones durante toda mi vida. Ahora ha llegado el momento de contarlas. Estoy a las puertas de la muerte y poco me importa que se me crea o no. Esto es lo que vi:

La noche era densa, como densa era la oscuridad de aquella forma retorcida, dudosamente humana, como engendrada en una pesadilla aborrecible. Pero su silueta, de una débil fosforescencia verdosa, sí que era perfectamente visible. La oí resollar entre aullidos apagados y, por un instante, me miró. Tenía un rostro tan espantoso, tan cargado de maldad, que me conforta pensar en su posible, aunque improbable, irrealidad. No parecía un ser de este mundo. No, desde luego, un ser vivo. Gracias a Dios, sólo lo vi un instante. Pero me pareció advertir en su rostro cualidades a la vez translúcidas y escamosas que me produjeron una sensación casi física de repulsa. La adrenalina descargó insufribles chispazos de miedo en mi cerebro. Por un instante temí que, paralizado como estaba por el terror, aquella figura inclasificable pudiera dirigirse hacia mí. No lo hizo, sin embargo, sino que se escabulló entre las sombras a gran velocidad, dándome la penosa impresión de que no caminaba, sino que flotaba a dos palmos del suelo. Se dirigió hacia las sombras del campo abierto y hubiera jurado que su inquietante fosforescencia fue absorbida de golpe por ellas, con la misma rapidez con que el soplo acaba con la luminosidad de una cerilla.

Sobrecogido, estuve mirando un rato hacia el lugar donde había desaparecido. Nada pude distinguir. El corazón me daba golpes furiosos. Logré desviar mi atención hacia la puerta de Constance, de donde había surgido la figura, y al fin me aventuré a dar unos pasos en esa dirección.

La puerta estaba entreabierta y el viento hacía cru-

jir sus goznes. El silencio y la oscuridad eran completos más allá de ese umbral. Tenía tanto miedo que dudé mucho antes de cruzarlo. En realidad odiaba a Constance, como la odiaba todo el pueblo, y no era compasión o deseo de ayuda lo que me empujaba. Era el desafío de mi propio miedo, exacerbado por cuanto había oído y presenciado, lo que finalmente hizo que atravesara el dintel y me enfrentara con la muda viscosidad de las tinieblas.

Vi a Constance desnuda, muerta, sobre su cama. Pero también sentí su presencia viva flotando malignamente en el aire enrarecido de la casa. Al encender la dudosa luz de un quinqué y contemplar sus ojos abiertos, enormes, oscuros, desorbitados, ojos a los que habían arrancado de cuajo la fuerza de la vida, entendí por qué se había dicho de ella que era capaz de hacer añicos los espejos con sólo mirarlos. Nadie había sido capaz de soportar, mientras vivió, la intensidad de aquellos ojos negros, de ese brillo terrible que le nacía de las pupilas como un oscuro río. Pero ahora, muerta, resultaban aún menos soportables. Logré zafarme de la fascinación de esos ojos y escapé corriendo de la casa.

Nada dije de la insólita aparición que precedió a mi descubrimiento del cadáver. Las extrañas circunstancias en que apareció, desnudo y sin la menor señal de violencia, me indujeron a guardar silencio. Pero suspiré aliviado, como todos, cuando ese cuerpo fue enterrado de la forma que he descrito antes. La pesadilla, sin embargo, no había hecho más que comenzar.

Pierre había abandonado su trabajo en la herrería desde la muerte de Margot. Vivía solo y se pasaba la mayor parte del tiempo encerrado en su casa, contigua a la mía. Sospeché que ambas muertes habían alterado su equilibrio psíquico, puesto que no daba señales de vida, pero consideré un deber de amistad no molestarle durante algún tiempo. En consecuencia, pasaron varios días antes de que me decidiera a visitarle.

Llamé a su puerta a la caída de la tarde. No obtuve respuesta. Volví a llamar varias veces y transcurrió un buen rato antes de que escuchase unos pasos vacilantes. La puerta se abrió y vi a Pierre en un aspecto lamentable y descuidado hasta el abandono total. La barba le crecía deshilachada y canosa en buena parte, circunstancia esta última que me sorprendió, ya que apenas había cumplido treinta años. La camisa, asimétricamente abotonada y con el cuello abierto, mostraba una suciedad intolerable. Tenía las uñas sucias y olía mal. Había adelgazado considerablemente y mostraba el cabello desordenado y pastoso. Sus mejillas hundidas, el macilento brillo de sus ojos cercados por profundas ojeras, su aliento fétido, así como el desorden y la suciedad que reinaban por toda la casa, me confirmaron la sospecha de que estaba perdiendo la razón. Lamenté haber iniciado esa visita, pero ya no me quedaba más remedio que proseguirla.

Pierre me invitó a entrar y me ofreció asiento junto a una mesa sobre la que había malolientes restos de comida. Se sentó a mi lado y traté de iniciar una conversación intrascendente. Mientras yo hablaba de cualquier banalidad pude observar las rápidas oscilaciones de sus ojos, impulsados por temerosos movimientos, como si siguiera los de una presencia que sólo a él se hacía visible. Aquello me desasosegó, pero no me atreví a preguntarle nada. Seguí hablando del tiempo, de las dificultades económicas, de las incertidumbres de la guerra. Me contestaba con monosílabos, pero era evidente que ni mi presencia ni mi conversación le interesaban lo más mínimo. De pronto, su inquietud se hizo más patente que nunca. Se había quedado mirando fijamente a un punto situado a mis espaldas, con ojos desorbitados e inequívoca expresión de horror. Yo seguía hablando, pese a todo, dispuesto a no dejarme impresionar por sus muestras de insania.

—¡Silencio! —me interrumpió a media voz—. ¿No lo oyes? ¿No lo estás viendo? ¡Está detrás de ti!

Sugestionado por sus palabras, sentí en la espalda

un escalofrío. Me volví rápidamente. Nada pude ver. Pero volvió a invadirme la penosa opresión que experimenté al percibir aquella figura fosforescente saliendo de casa de Constance. No soy dado a fantasías, y repito que nada había visto. Sin embargo, algo denso, aunque impalpable, había penetrado en la casa, a la vez que las primeras sombras de la noche, llenando sus rincones de vibraciones malignas. Era una sensación repulsiva y casi física, en cierto modo similar a la que se sufre en las proximidades de una estación transformadora de alta tensión. Pierre estaba sumamente alterado y mi propia inquietud iba en aumento. Observé que se llevaba varias veces la mano al cuello, del que colgaba un pequeño camafeo con la imagen de Constance. Semejante joya me pareció extraña en un hombre, pero más extraño me pareció que tratara de ocultarlo con la mano. El terror hacía temblar sus mandíbulas y ese movimiento confería a su voz matices balbucientes:

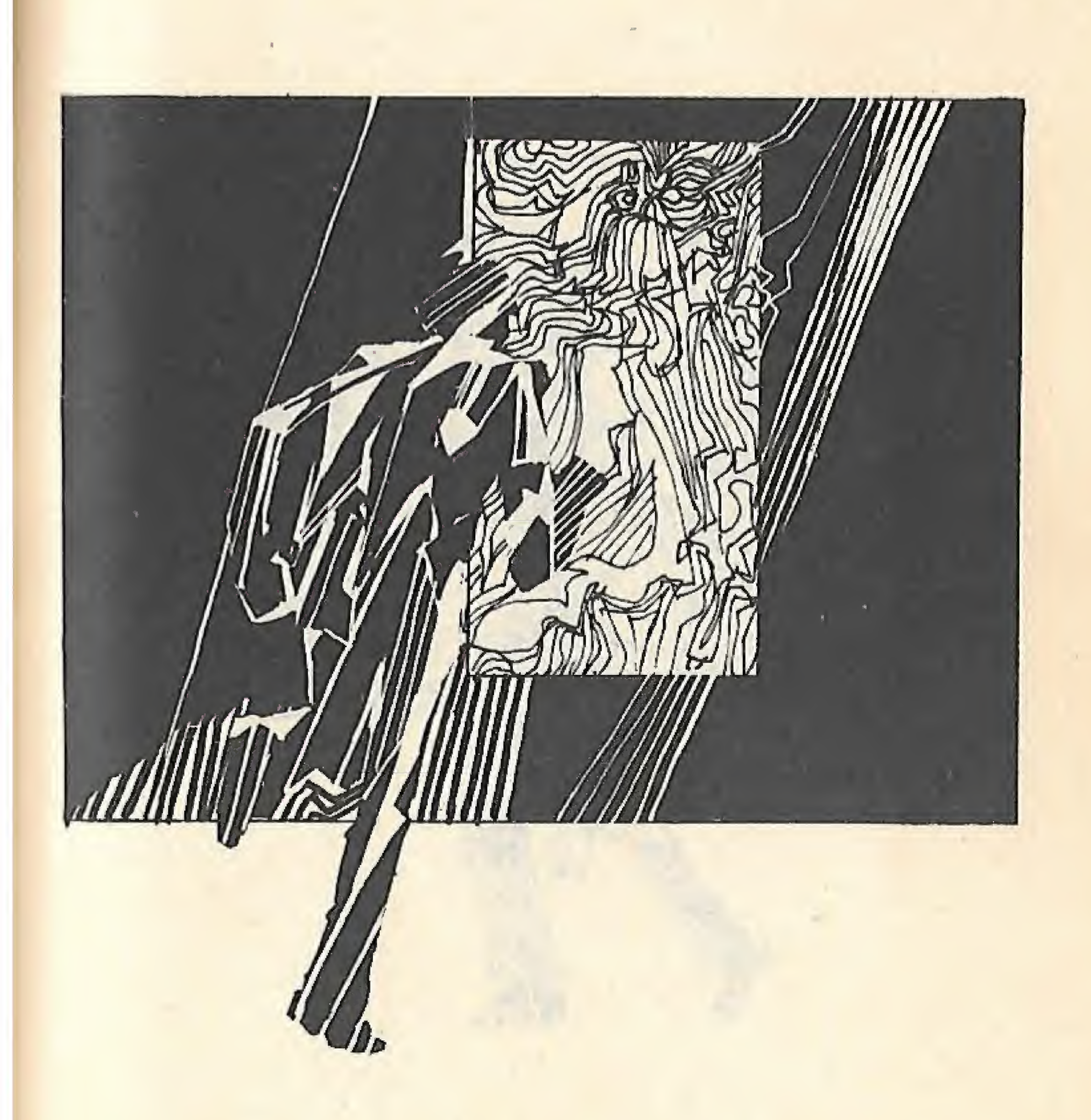
—¡No te lo llevarás! ¡No lo consentirá! ¡No te lo llevarás!

Vi cómo, tras decir esto, se levantaba furiosamente de la silla. Su cuerpo se agitaba con crecientes convulsiones. Una expresión de horror infinito se reflejaba en sus ojos. Comenzó a caminar con paso torpe, como si las espantosas tensiones que sufría amenazaran con hacerle perder el equilibrio. Sus ojos, excesivamente abiertos, seguían fijos en un determinado punto situado a mis espaldas. Pasó por mi lado como un autómata, olvidándose por completo de mi presencia. El temor y la estupefacción hacían que mi mente funcionara de una forma confusa. Se dirigía hacia un enorme espejo, situado en el fondo del salón, apenas visible a causa de la creciente densidad de las tinieblas. Algo difuso, brillante en ocasiones, parecía agitarse en el fondo del mismo. Atribuí el extraño fenómeno a algún reflejo de la mortecina luz de la ventana, pero comprobé que, a causa del ángulo en que el espejo estaba situado, semejante explicación era imposible. Tal comprobación me produjo

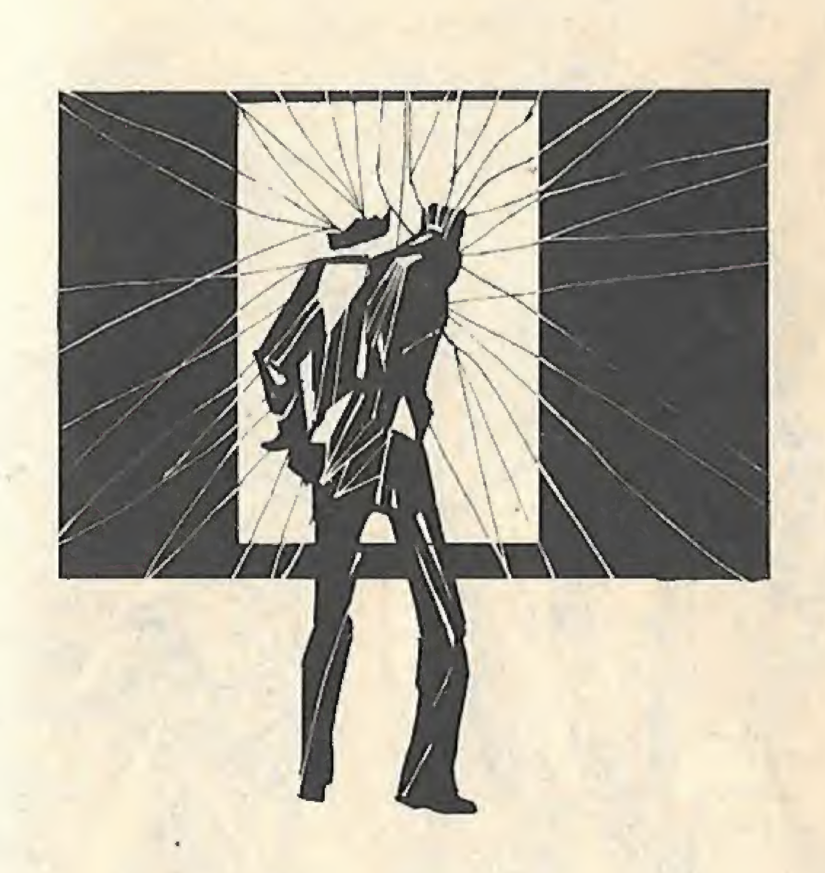
una sacudida y mi lucidez fue cruelmente devorada por la boca del vértigo: ¡Había algo, alguien, moviéndose al otro lado del cristal! O yo me estaba volviendo loco, o Pierre no lo estaba tanto como yo pensaba. Con insufrible repugnancia reconocí de inmediato en aquella imagen convulsa y oscura, en sus leves destellos de fosforescencia verdosa, a la figura que me horrorizó a la puerta de Constance. No era posible que dos personas sufriesen al mismo tiempo la misma alucinación. Sentí la imperiosa necesidad de descargar con un alarido el horror que, como la soga de un ahorcado, atenazaba dolorosamente mi garganta. Porque en el rostro de aquella figura espantosa, refulgiendo como lunas negras, reconocí también los ojos de Constance.

Aquellos ojos despedían una maldad tan fascinante que Pierre, atraído por ellos, seguía avanzando hacia el espejo. Yo, sobrecogido, nada puede hacer por evitarlo.

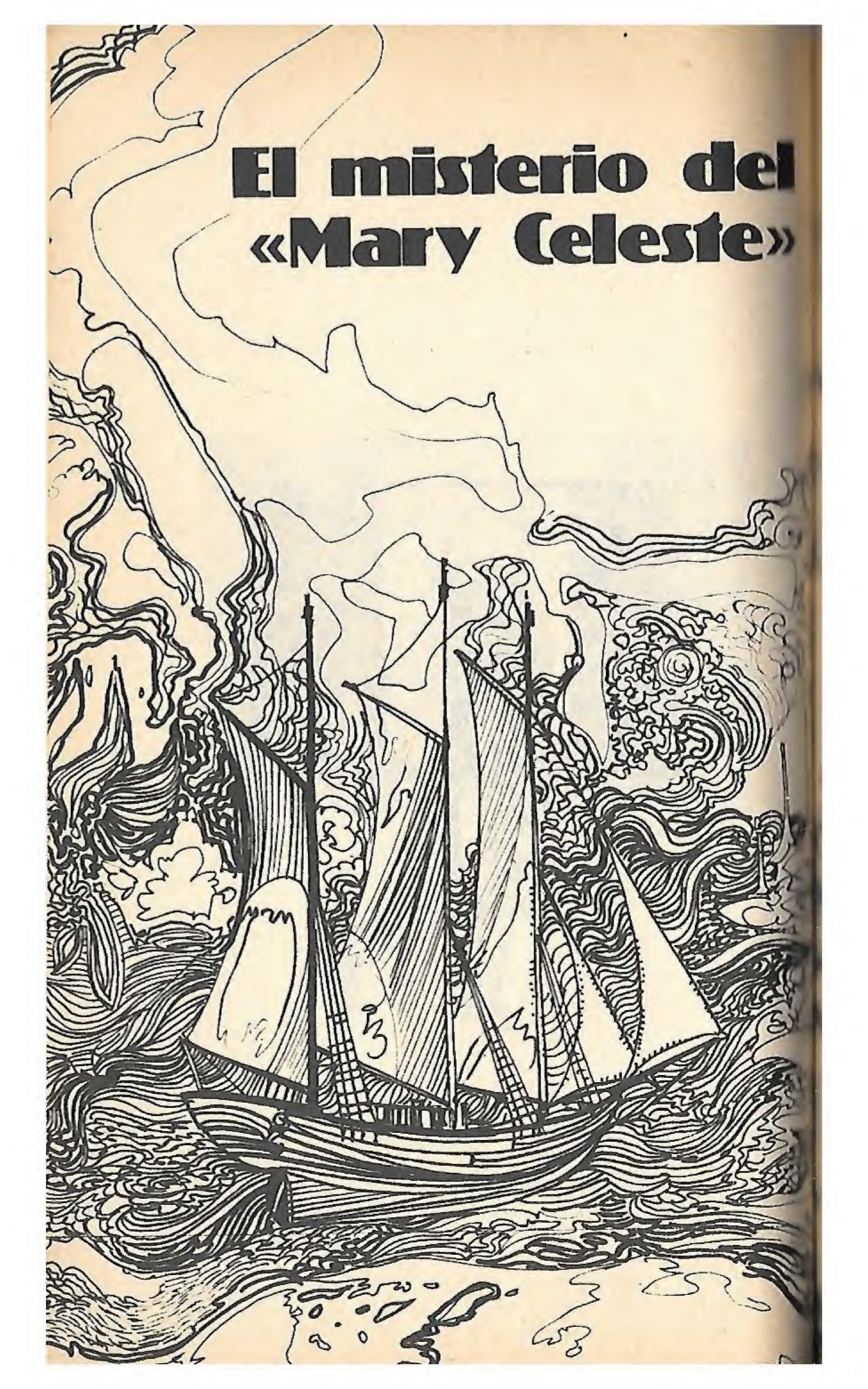
Mientras decía esto vi que levantaba su puño derecho. Luego, en una explosión de violencia, lo descargó sobre el espejo. El destino fue benigno conmigo, ya que la oscuridad me veló en parte la escena que se desarrolló a continuación. Los trozos del espejo no cayeron al suelo, sino que se clavaron, todos, en el cuerpo de Pierre. Fue un ruido espantoso, porque al chirrido del cristal hecho añicos se unió un resuello sordo, bestial. Algo sombrío, una especie de velo translúcido, cubrió el cuerpo agonizante de mi amigo, ya caído en el suelo. Aún pudo Pierre lanzar un postrer alarido que me puso los pelos de punta. Vi que una mano femenina, de uñas retorcidas, arrancaba algo de su cuello. Poco después se difuminó la sombra. No describiré en qué horrible estado se encontraba el cuerpo del desdichado cuando me acerqué. El camafeo había desaparecido.

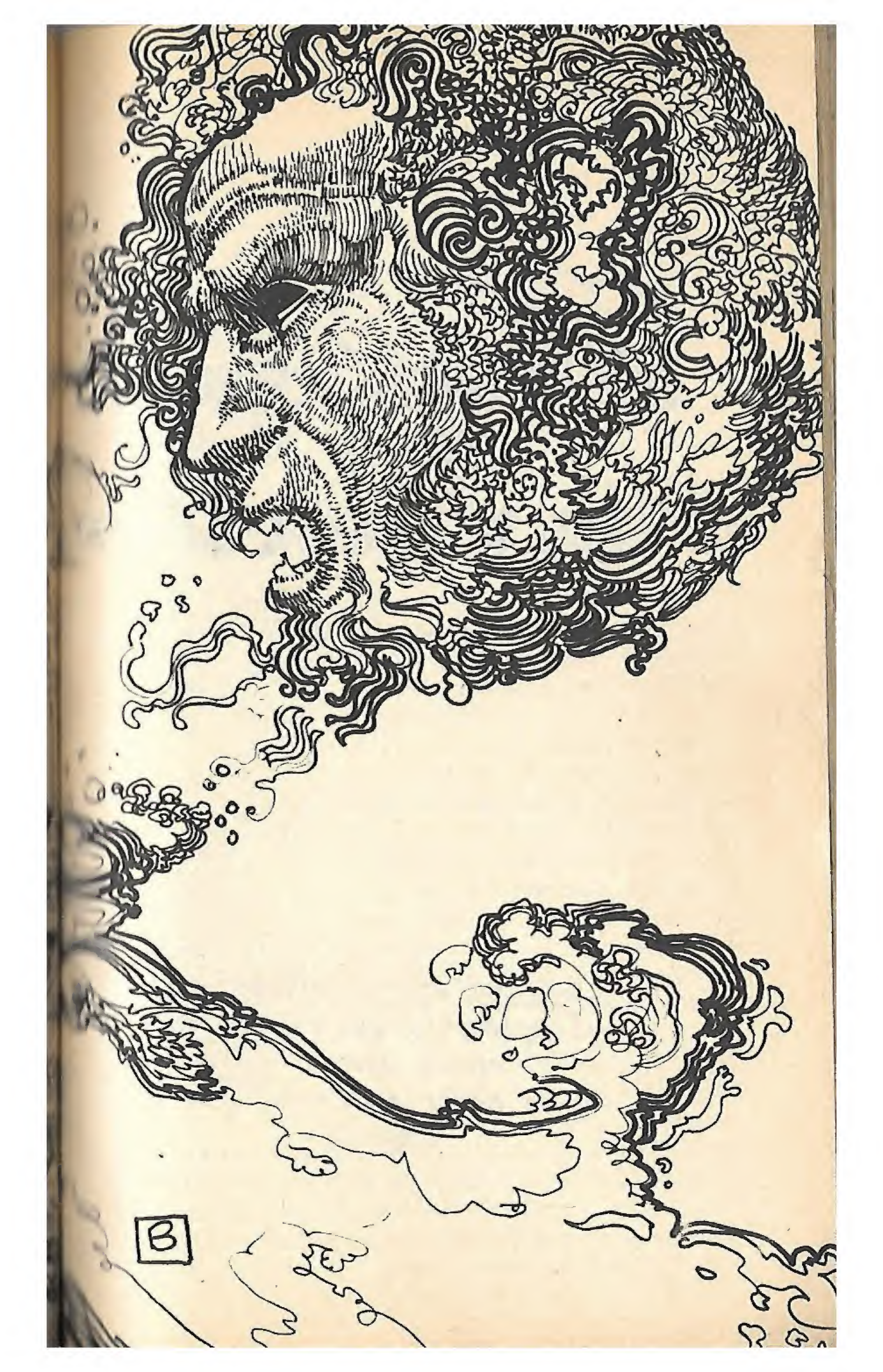






El misterio del «Mary Celeste»




B

El misterio del «Mary Celeste»

Alfonso Alvarez Villar

—¿Qué ocurre, capitán?
—Simplemente, que volamos en vez de navegar.
Y ya nadie se extrañaba de nada...



SE alzó una calma chicha. Sólo los sobrejuanetes se hinchaban un poco. Pendían como higos pasos las blancas túnicas del trinquete y del palo mayor.

La señora Smithsons se desabrochó subrepticiamente un botón del corpiño y se abanicó nerviosamente.

Toda la tripulación se hallaba en cubierta. Algunos pasajeros jugaban a las cartas convirtiendo en mesa un barril. Otros se paseaban de proa a popa.

La señora Smithsons y su esposo salieron del camarote y se apoyaron en la barandilla del puente de proa, allí donde los foques latían aún como corazones moribundos.

La señora Smithsons era una bonita rubia nacida en Carolina del Sur. Recién casada con el propietario de una extensa plantación de algodón y de tabaco en Virginia, había decidido hacer el viaje de luna de miel en Europa y visitar, sobre todo, París.

El sol era ya una oblea sangrienta en el horizonte. Bandadas de peces voladores festoneaban el agua alrededor del bergantín *Mary Celeste.*

—¡Una serpiente de mar, capitán! —chilló, de repente, la anciana señora Mary Yerby, calándose aún con más fuerza sus antiparas.

—¡Señora! ¡Sólo es una manada de delfines! —se burló el capitán Thomas Hopkins.

Durante unos minutos corrieron por el puente una serie de chascarrillos a costa de la credulidad de la anciana.

Había caído la noche. Minúsculas olas hacían «chap-chap» sobre la obra viva del bergantín.

—Esta calma nos va a retrasar la llegada a Funchal —comentó, fastidiado, el capitán a su piloto.

—Nunca había conocido una calma así durante esta época —contestó el piloto.

—Sí, es muy raro.

El ron y el whisky corrían generosamente entre los veinte pasajeros y los diez marineros. Se habían encendido varios quinqués para iluminar sendas timbas.

Un neoyorquino atacaba una polca con su violín y varias parejas, entre ellas los Smithsons, bailaban jaleándose y riendo.

—¡La tripulación del *Mary Celeste* invita a los señores pasajeros a un ponche! —gritó el capitán, y todos aplaudieron.

Brotó una llama azul de la gigantesca olla y el líquido fue repartido mediante unos cacillos.

Sólo el reverendo John Moore paseaba huraño por el puente, mostrando su desagrado ante tanto libertinaje.

—¿No os dais cuenta de que esta calma chicha nos la envía el Maligno? —sermoneaba.

Los Smithsons, fatigados del baile, se retiraron unos instantes. Con las manos entrelazadas se dirigieron a popa. Un hato de maromas les sirvió de asiento. Comenzaban a chirriar los estays; buena señal de que iba a desaparecer la calma chicha.

—¡Mira hacia allí! ¿Qué puede ser eso?

—Quizá un volcán.

—Pero el único volcán que se halla en esta zona

del Atlántico es el Teide, y las Canarias se hallan a muchos cientos de millas de aquí.

—Corramos a avisar al capitán.

Un punto luminoso, como una cerilla, se había encendido en el horizonte.

Thomas Hopkins, el piloto, y el contramaestre, ya estaban enfocando aquel punto con un largo catalejo.

Había dejado de sonar el violín. Los pasajeros se arracimaban en la banda de estribor.

—Sería interesante, capitán, que echásemos un vistazo —dijo uno.

—¡La tripulación del *Mary Celeste* invita a los señores pasajeros a visitar un volcán! —bromeó el señor Bronston, que estaba medio borracho.

Se alzó una potente brisa y las velas se hincharon como buñuelos.

—¡Caña a estribor! —rugió el capitán.

La nave empezó a cabecear. La proa iba cortando un camino de vidrio negro.

—Nos acercaremos hasta una prudente distancia. Luego viraremos a babor e informaremos a las autoridades portuguesas —comentó con el piloto, que controlaba el timón.

—Señor, ¿y los maremotos?

—Es un riesgo que corremos, pero muy poco probable. Creo que vale la pena.

La cabeza de la cerilla se había transformado en una roja cereza. Una senda de sangre llegaba hasta el *Mary Celeste.*

—Debe ser una fisura submarina —argumentó el profesor Thorndike, agregado de la Universidad de Harvard.

—De todas maneras, una vista apasionante —añadió una dama algo achispada.

Hopkins volvió a utilizar el catalejo. Lo dejó caer. Las manos de temblaban.

—¡Santo Dios! ¡No es un volcán! Parece una cara, una cara gigantesca que nos está mirando.

—Viremos en redondo, capitán. Esto me da muy mala espina.

—Desgraciadamente, ya no nos es posible. La cara, o lo que sea, se está acercando a nosotros.

La cereza era ahora, en efecto, una mandarina. Parecía hervir el agua en torno a ella. A simple vista se divisaban dos ojos horrendos, una boca contenida en un rictus sarcástico y una nariz de la que brotaba un chorro de humo azulado.

Los tripulantes gemían de terror. Se habían disipado de los cerebros las brumas etílicas. El reverendo John Moore declamaba en voz alta trozos enteros de su Biblia.

—Su rostro es el de un ser que sufre una condenación eterna —comentó la señora Smithsons a su marido.

—Sí, es un rostro infinitamente bello e infinitamente feo a la par.

El sacerdote llegó hasta el arranque del botalón e hizo la señal de la cruz. La faz rojiza del fantasma le hacía brillar la cruz de plata como una chispa de meteoro.

Se oyó una gigantesca carcajada que sonó como un trueno y que encrespó las olas. Después, la cara explotó en una pirotecnia de fuegos fatuos que caían al mar, iluminándolo.

Las aguas se alzaban ahora formando figuraciones fúngicas. Era un mar de setas, de rosas, de pétalos congelados y luciendo la panoplia toda de una paleta de pintor. Eran castillos de robustos matacanes, puentes aéreos que se comunicaban con palacios de ensueño. Bajaban y subían ríos de espuma, corrientes de lava ígnea.

El *Mary Celeste* había quedado atrapado por una de esas corrientes y se deslizaba como un vagón de tobogán, rompiendo con la cofa del palo mayor sépalos de orquídea, techumbres de palosanto y de blanca yesería taraceada.

El río de espuma volvió a desembocar en el mar abierto. Sólo que no se veía el mar. Se divisaba, a varios kilómetros de altura, el fondo submarino con sus mesetas y sus montañas. Entre medias, sombras

de monstruos pelágicos: ictiosaurios largos como un convoy de tren, ballenas tapizadas de algas y arrastrándose como moles rocosas.

El agua brillaba como un rubí infinitamente translúcido. El capitán dejó caer un barrilete unido a una maroma y la madera no se hundió: flotaba sobre una superficie invisible, como la de los lagos de las cavernas profundas.

Chispas de oro se alzaban a lo largo de los costados del bergantín goleta. Descargas de color azul trazaban trayectos varicosos en torno al trinquete y al palo mayor. La gavia alta quedó, una vez más, transfigurada como el sudario de Cristo.

El pastor presbiteriano seguía conjurando a los espíritus infernales.

—¡Arriad las velas! —ordenó el capitán, aprovechando el momento de calma.

Y es que el barómetro comenzaba a descender vertiginosamente. En cuanto a la brújula, había enloquecido y un nubarrón más negro que la misma noche comenzaba a velar las constelaciones.

—¡Todos a sus camarotes! —volvió a gritar el capitán con su megáfono.

Sólo él quedó sobre cubierta, atado el pivote del timón con gruesas amarras.

Un soplo huracanado tensó como cuerdas de violín los obenques. Se alzó una ola de diez metros y barrió al navío de punta a punta. Se desencadenó el poema dodecafónico de la tormenta. El barco subía y bajaba como el corcho de un pescador. La espuma dejaba amargas hebras en los mostachos del capitán.

El bergantín subió a lomos de una ola, pero en vez de volver a bajar fue catapultado hacia arriba, salvando el valle que separaba una ola de la siguiente.

El *Mary Celeste* entró como un cuchillo en la carne fofa de otra muralla líquida. Fue un solo instante, que le dejó a Hopkins la impresión de que una montaña había estado gravitando, un par de segundos, sobre sus hombros. El barco no parecía haber sufrido desperfectos.

Volaba ahora el *Mary Celeste* muy por encima de la superficie del mar. Hopkins se desató de su maroma y miró hacia abajo. Las olas parecían ser más pequeñas que los círculos que traza en su estanque y la pedrada de un niño. Veía sus coronas de espuma y sentía bajo la carena del bergantín la ira del huracán.

El navío seguía ascendiendo. Atravesó primero el denso nubarrón que descargaba toda su agua hacia el mar. Vio rayos rojos y azules que caían a babor y estribor del *Mary Celeste.* Luego, la paz. La Luna brillaba hacia el nadir.

Los tripulantes empezaban a aparecer en cubierta.

—¿Qué ocurre, capitán?

—Simplemente, que volamos en vez de navegar.

Ya nadie se extrañaba de nada. El Absurdo se había adueñado del barco.

—¿Y hacia dónde nos dirigimos?

—Parece que hacia la Luna.

—Pero moriremos por privación de oxígeno.

—En teoría, sí. Pero están ocurriendo cosas que escapan a las leyes científicas...

Y no estaba exenta de terror aquella aseveración.

La corriente aérea les empujaba cada vez con más fuerza. Las velas se habían desplegado solas y el barco aceleraba más. Se veía ahora la Tierra como un globo azul oscuro teñido de rosa en cuarto menguante.

El asombro entumecía las lenguas.

La Luna era ya un mascarón de yeso o el rostro de la momia de un muerto de viruela.

—Copérnico, Tycho Brahe... —mostraba el profesor de Harvard a su compañera y a los señores de Smithsons, prestándoles un pequeño catalejo.

Volcanes hasta entonces no hollados por pies humanos, llanuras grises y desoladas aparecían ahora como al alcance de la mano.

—Mar de la Serenidad, mar de la Tranquilidad, mar de las Lluvias... —seguía indicando el joven profesor.

Pero se detuvo y todos miraron con terror unos

torbellinos de fuego que salían de los volcanes lunares.

Los torbellinos se iban transformando en gigantescos guerreros de rostro sombrío que blandían espadas de acero.

—¡De nuevo los espíritus malignos! ¿No se apiadará el Señor de su grey? —volvió a gemir el sacerdote.

—¡Todos de rodillas! —ordenó el capitán—. ¡Rezad con el padre Moore!

Los versículos del *Libro de Job* brotaban del bergantín como la música de las esferas.

Pero los demonios no parecían haber reparado en el barco. Pasaban a varios miles de kilómetros de distancia y se dirigieron hacia el Sol, que se destacaba como una bola de oro en el dosel negro y cubierto de estrellas de la noche sideral.

Pero no llegaron muy lejos. Porque del Astro Rey surgieron unos puntos luminosos que al acercarse se transformaron en hoplitas de dorada cabellera, loriga de púrpura y yelmo radiante. Empuñaban espadas de oro y eran tan bellos que todos los corazones humanos se pararon en diástole.

—¡Son los ángeles! ¡Dios ha escuchado, por fin, nuestras preces! —exclamó el reverendo.

Se trabó una espantosa batalla. Al chocar las espadas salía despedido un rosario de meteoros. Cada tajo en la carne se convertía en polvo cósmico del color de la leche. Se oía como los rugidos de una tormenta.

Por fin, los guerreros demoníacos se consideraron vencidos y volvieron a sus volcanes lunares.

Bajo la dirección del pastor, los tripulantes estaban cantando un *Hosanna.*

Uno de los ángeles se acercó al *Mary Celeste.* Su rostro resplandecía como el propio sol. Quedaron agarrotadas las gargantas.

Tendió el Espíritu Superior su espada como un puente de oro y, con un gesto, les invitó a abandonar el barco.

Saltó primero el sacerdote, danzando como el rey

David en su primera entrada triunfal en Jerusalén. Le seguía el resto de la tripulación, exceptuando el capitán.

—¡Véngase con nosotros, Thomas Hopkins! —le suplicó la señora Smithsons, que reía como una adolescente.

—No debo, señora. Tengo que llevar el barco a Génova.

En aquellas alturas la palabra «Génova» sonaba a lugar irreal.

Retumbó un trueno y el *Mary Celeste* fue cayendo como una gaviota herida hasta posarse en la superficie del mar.

Cuando Hopkins despertó, habían pasado dos días. El barco, con todas sus velas desplegadas, navegaba hacia las Azores. El cargamento, de mil setecientos kilos de alcohol, estaba intacto... Sólo faltaban los marineros y el pasaje.

—Bien. Diremos que todos han perecido en una tempestad. Destrozaremos algún velacho o juanete para que me crean. Porque me tomarían por loco si les dijese la verdad. Añadiré también que el resto de la gente abandonó el barco en una chalupa al presentarse a bordo un caso de cólera.

Rompió, pues, las amarras de la chalupa y la dejó caer al mar, con el fondo agujereado y lastrado.

El barco estaba atravesando el mar de los Sargazos, una extensa franja del Atlántico en la que crecen algas de, a veces, docenas de metros de longitud.

Era de noche y el timón chirriaba. Dormía allí mismo, con la rueda bien trabada.

Sintió un latigazo en la mejilla derecha. Se levantó de un salto y vio, aterrado, cómo se bamboleaban sobre cubierta cientos de tallos de algas que parecían dedos de una criatura racional.

—Se ve que este barco está endemoniado. Ahora yo soy la última víctima.

Y atenazó el machete que llevaba consigo.

Luchó como un energúmeno contra las sierpes vegetales que intentaban asirle.

Las algas cambiaron de táctica: empezaron a tirar del bergantín hacia abajo. Eran miles de maromas las que hacían fuerza. El *Mary Celeste* ahora se hundía...

—Espero que ahí abajo también podamos respirar —comentó para sí el capitán.

Bogaba ahora a través de un domo de cristal. Bandadas de peces doblaban las múltiples ramificaciones de las algas. Vio también numerosos ahogados cubiertos de pólipos y de crustáceos, carcasas de barcos de todas las épocas.

Las algas, que hacían el papel de cables tractores, arrastraron al *Mary Celeste* a una planicie en donde reposaba, escorado, otro bergantín. Y Hopkins se estremeció: era el *Mary Celeste,* cuyo nombre, grabado en cobre sobre la proa, reconoció. Y vio una fecha, la de 1885, es decir, ocho años en el futuro.

Es decir, el *Mary Celeste,* el barco por cuya salvaguardia él había renunciado a la gloria, yacería dentro de ocho años en algún lugar del océano. Pero él había sido un hombre honrado: intentó devolver el importe de la carga y el barco a sus propietarios. Algún día Dios tendría en cuenta ese gesto.

La nave volvió a emerger como un rápido pez de las profundidades. El sol brillaba ahora con más fuerza. Funchal distaba tan sólo unas cien millas.

Aquella noche comenzó a delirar. Se sentía ya en Funchal. Bajó la pasarela y cayó al mar. Sólo se dio cuenta de su error cuando empezó a notar los primeros síntomas de la asfixia.

* * *

Unas manos le alzaron. Abrió los ojos y se admiró de la extraña forma de la embarcación que le había recogido. No era ni siquiera un vapor, sino un pequeño navío de difícil calificación que ronroneaba como un gato, enfilando las olas a gran velocidad.

—¿Y el *Mary Celeste?* —preguntó a un individuo vestido con pantaloncitos cortos y camiseta a rayas.

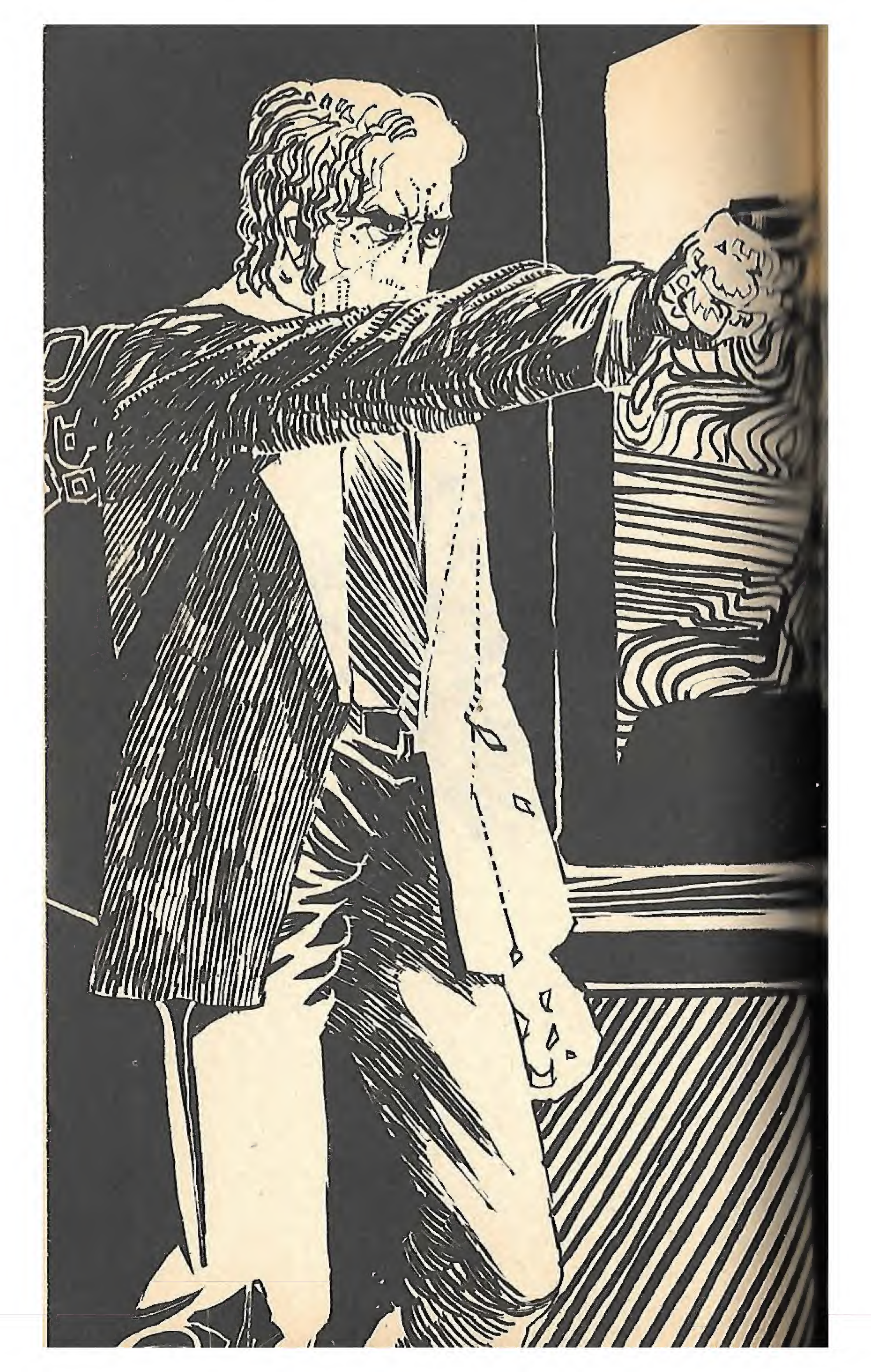
—¿El *Mary Celeste?* No hemos visto a ningún barco

que se llame así. Le recogieron a usted abrazado a un tonel. Estuvo a punto de morir ahogado.

Y era inútil discutir con aquel hombre, que ese año era el 1872 y no el 1975 como alegaba el otro; que debían distar pocas millas de las Azores y no de las costas de Alicante. Era inútil, porque él, el capitán del *Mary Celeste,* que fue hallado desierto entre las aguas de las Azores y España el año 1872, y que luego se hundió cerca de Cuba en 1885 (según se enteró unos cien años después), estaba loco de remate.

En efecto, diagnosticado de esquizofrenia paranoide, murió en Nueva York el año 1980.





Conjuro macabro



Conjuro macabro

V. Rodríguez de Ayala

Los brindis suelen ser el toque feliz de toda celebración. Pero si propones alguno, cuida bien de mirar la expresión de los ojos de quien levanta la copa contigo.



LA reunión se había prolongado excesivamente. Siempre que Ramón y Alfredo se encontraban —cosa que en los últimos meses había venido sucediendo frecuentemente— ocurría lo mismo. Habían destapado todos y cada uno de sus secretos; habían recordado la infancia, el colegio, la adolescencia... Y habían reavivado también viejas canciones. Era el momento de los sopores...

Se brindaba por todo: «por tu felicidad», «por tus éxitos», «por aquella oportunidad que perdimos», «por nuestra amistad, que ha de ser eterna», concluyó Ramón.

—¿Y no brindamos por mi familia?... Sí, mi familia, que me está esperando en casa a que vuelva... ¡Vamos a brindar por mi familia, Ramón!

Nada más solicitar aquel brindis, Alfredo fue consciente de que algo cambiaba en el semblante de su amigo. Pero él no quería perturbarle ahora, naturalmente que no; ahora que se sentían tan felices, que habían podido sortear aquella conversación, lo que durante tantos años había turbado la vida de Ramón.

Y, sin embargo, el alcohol había provocado algo que nunca hubiera debido ocurrir. La mirada de Ramón se había quedado perdida, flotando en la habitación. Por eso el amigo quiso darle la vuelta a todo... Y le sirvió una nueva copa.

—No... ¡qué tontería! Por mi familia, no. Vamos a brindar... Vamos a ver: vamos a brindar por aquella tarde del reencuentro.

Pero su amigo no reaccionó como él esperaba.

—¿Qué pasa, Ramón?... ¿No quieres brindar conmigo?... Vamos a brindar por nuestro reencuentro —casi le suplicó.

—No quiero brindar más.

Fue tajante. Tanto, que aquella respuesta a él le incomodó. Sin embargo, consciente de que había vuelto a rozar una vieja herida (la que en otro tiempo les había separado), se sintió en la obligación de perseguir la concordia, de resolverlo todo con una copa más.

—No me digas que estás borracho... Yo creo que lo estoy más que tú.

Y poniendo un tono burlón, el que requería aquella lamentable escena, volvió a repetir:

—¡Venga! Bebamos: vamos a brindar por nuestro reencuentro, por nuestra eterna amistad.

Jamás había visto una mirada semejante, encendida, cargada de odio y de rencor. Pero Ramón asumió aquel brindis y bebió de un trago la copa. Luego, bruscamente, le dio la espalda y se dirigió hasta la pequeña mesa de despacho. Alfredo entendió que ya había sido suficiente. Demasiadas copas. Debía despedirse ya. Dejaría sus represalias para otro día.

—Bueno, ya hemos brindado bastante. Ahora me marcho...

Y, después de dejar su copa en la mesa, se encontró de frente a su amigo, que sin abandonar aquella mirada le apuntaba ahora con una pequeña pistola... Sorprendido y asustado, preguntó:

—¿Qué haces? ¿Estás loco?...

—No. No estoy loco. Pero voy a matarte.

Recibió la advertencia como cierta. Era contundente, decidida, violenta. Quiso reaccionar esbozando una sonrisa y llevando su mano derecha hacia la pistola que le apuntaba, queriendo manifestar claramente que lo entendía como una broma.

El movimiento fue brusco. Y la mirada que le llegó, heladora.

—No vuelvas a hacerlo. No se trata de ninguna broma.

Retrocedió Ramón dos pasos mientras hablaba, y ahora remarcó mucho más sus palabras:

—Estoy-decidido-a-matarte, Alfredo. Y vo-y-a-ma-tar-te.

A partir de aquel instante tomó conciencia de que su amigo, loco o borracho, sí estaba hablando en serio. ¿Cómo podía reaccionar y cómo hacerlo velozmente?... Improvisó:

—¡Vamos, Ramón! Estás borracho. Estamos borrachos los dos... No pretendas meterme miedo. No sé a qué estamos jugando.

—Ya no estamos jugando. Ya no estoy borracho. Y tú tampoco. Y te digo que voy a matarte.

—¡Venga, coño! Guarda esa pistola y vamos a dejarlo ya.

Pero recibió un aviso definitivo ante aquella nueva mirada con que su amigo le amenazaba:

—¿Por qué no quieres asumir lo que digo, Alfredo? Tengo decidido matarte y voy a hacerlo esta noche.

Le desapareció la voz por primera vez desde que comenzó la escena. Sintió frío. Y se despejó radicalmente su cabeza. Aflojó la corbata y desanudó el botón de la camisa. Quiso entender todo lo que estaba ocurriendo. Y le asaltó de pronto la necesidad de ganar tiempo. Sí, debía ganar ahora tiempo, hasta que su amigo se despejara o hasta que fuera consciente de aquella locura... Venciendo todo su miedo, pero cautelosamente, decidió volver a sentarse donde minutos antes estaba.

—¿Puedo sentarme...?

—Puedes sentarte. Puedes hacer lo que quieres y decir lo que quieras, porque es la única opción que voy a darte.

Su intención de cerciorarse la parecía verdaderamente estúpida, pero no pudo evitarlo:

—¿De verdad tienes decidido matarme?

Y le respondió que sí. Escuetamente.

—¿Y no piensas darme razones?

—No.

—¿Ni vas a permitir que me defienda tampoco?... —la saliva se le escurría por la garganta—. ¿Vas a ser tan villano?...

—Hace tiempo que lo tenía decidido. Y tú debías de saberlo: voy a matarte sin ninguna compasión.

—Te juro que no sé por qué lo haces. Sólo porque estás loco. Lo de Elvira no te da ningún derecho... Ella es mi mujer. Ella me eligió a mí. Y yo siempre lamenté que tú sufrieras por eso... ¡Además, hace ya tanto tiempo!...

—De lo único que no te permito hablar es de ese tema. Puedes decir lo que quieras, siempre que no hables de Elvira.

—¿Tanto se puede odiar?...

Gritó. Gritó Ramón desesperadamente y Alfredo temió que la pistola se le disparara en uno de esos arrebatos.

—¡He dicho que cambies de tema!

Las venas se le encendían y sentía la necesidad de abalanzarse sobre su amigo para arrebatarle la pistola; pero no ignoraba que estaba en desventaja, que no le daría tiempo. Y no estaba dispuesto a recibir aquella bala. Tenía que cambiar de estrategia. Tenía que encontrar la fibra que le hiciera flaquear...

—¿Entonces me has estado engañando?

—Sí.

—Me has hecho creer que seguíamos siendo amigos... ¡Cómo se puede ser tan canalla!

—Se puede.

Sudoroso, nervioso, indignado, fuera de sí, sintiendo el golpeteo de su corazón agitado, sin recur-

sos, sin salidas, palpando a pocos metros aquella pistola que le amenazaba y la mirada descompuesta por el odio del que creía su amigo, no quería dejarse abatir. Mejor afrontarlo:

—Pues si piensas hacerlo, no lo retrases más. Esto es una tortura.

Queriendo aparecer sarcástico, le respondió:

—Yo decidiré el momento: sólo tengo que apretar el gatillo.

Corriéndole el sudor —un sudor frío— por la frente, perdiendo todo su control, Alfredo gritó ahora:

—¡Pues hazlo ya!

—No; todavía no. Quiero que te prepares bien, quiero que incluso te despidas de tu familia, de tu encantadora familia...

—¿Tanto la odias?

—No. Solamente te odio a ti. Porque ella tendría que ser mía... Y ellos mis hijos...

Mil imágenes se agolparon en aquellos segundos por su cabeza. Seguía sin comprender cómo era posible tanta crueldad, tanta villanía, en un ser que hasta hacía tan sólo unos minutos había demostrado ser su amigo. Podía implorarle; pero no, no estaba dispuesto a implorar a un loco; tampoco hubiera logrado nada. Podía insinuarle que se lo pensara, que midiera los riesgos, que también estaba poniendo en juego su vida... Pero le resultaba demasiado estúpido. La orden que le llegó desde las palabras seguras de Ramón le sacaron de la abstracción:

—¡Venga! Llama ahora a tu familia.

—No me hagas hacer eso, Ramón.

—Quiero que llames a tu familia. Que hables con Elvira, que le digas que voy a matarte, que se despida. Y que hables con tus hijos...

—No voy a hacerlo.

Ahora sí que se sentía dispuesto a morir. Pero no hubiera hecho nada por angustiar así a su familia.

—Estoy esperando que dispares...

Fue Ramón quien se dirigió hasta el teléfono. La

pistola le seguía apuntando... Advertía que no tenía ninguna posibilidad de arrebatársela, ni siquiera de enfrentarse a él, ni, por supuesto, de huir de aquella estancia. Podía seguir ganando tiempo... Por eso le preguntó:

—¿Qué vas a hacer?

—Voy a llamar yo. Voy a hablar con Elvira y la tendré colgada al teléfono hasta que escuche el disparo de mi pistola.

—Sólo un hijo de perra puede ser tan canalla...

Cautelosamente, descolgó el teléfono, escuchó el tono de llamada, lo puso sobre la mesita, marcó con la mano izquierda. Conocía el teléfono de memoria. Marcó el primer número, luego el segundo... y así sucesivamente.

Ring..., ring..., ring..., ring...

Al otro extremo del hilo machacaba la señal de llamada. Alfredo se clavó las uñas en las palmas. No podía seguir aceptando aquella villanía sin hacer nada. Pero la pistola seguía apuntándole y la mirada suficiente de Ramón era claramente delatora. No podía hacer nada. La señal de llamada seguía escuchándose, nítida. Seguramente, Elvira tardaría en coger el teléfono. Estaría durmiendo a esas horas. Los niños estaban cada uno en su dormitorio. Y ella, despreocupada, dormiría. Mejor; no lo cogerían. Pero aquel asesino no cejaba en su crueldad: quería a toda costa levantar a su familia, para torturarle aún más.

—Se ve que tu familia duerme profundamente...

Y ahora sí le suplicó:

—Cuelga, por lo que más quieras...

Vio una nueva mueca en su cara. Y, al fin, comprobó que también se cansaba: colgó el teléfono decididamente. Al menos había logrado evitar aquella angustia a su familia. Pero, poco importaba; al día siguiente... lo comprobarían. Todavía podía jugar una última baza:

—No creo que tengas agallas para matarme...

—¿Puedes ser tan estúpido que aún no te lo creas? ¿Qué pretendes animándome?...

Jamás en su vida se le hubiera ocurrido que pudiera suceder algo semejante. No estaba soñando. Frente a él seguía su amigo, su viejo amigo, con el que tantas cosas había compartido. Durante largas horas de aquel mismo día habían cantado y reído. Y ahora..., aquella situación tan grotesca, tan estúpida. ¿Dónde estaban los límites de la locura?

Le sorprendió lo último que le dijo:

—Sólo quiero que sepas que no te mato ni por celos ni por envidia. Te mato porque tú has sido la causa de mi destrucción, de mi mala fortuna... Y ni siquiera lo supiste nunca.

—Odio. Eso es odio y villanía.

Inesperadamente, decidió cambiar el curso de aquellos acontecimientos. No estaba dispuesto a seguir aceptando por más tiempo aquel demoníaco juego. Crispó de nuevo los dedos, tomó fuerzas, todas las fuerzas que encontró en sus venas, ya tensas..., y saltó con una fiereza desconocida sobre su amigo, hasta que rodaron ambos por el suelo. Su único objetivo estaba ahora en la pistola. Se abalanzó sobre ella nerviosamente: había quedado tirada en el extremo de la pieza, junto a la puerta. Y cuando la tuvo en sus manos no reparó ya en más cosas. Su amigo, su viejo amigo, estaba aún de rodillas, mirándole, suplicándole ahora; pero los dedos se le fueron al gatillo y disparó sin darle ninguna opción; disparó por tres veces consecutivas, hasta verle retorcerse a dos metros de donde él estaba, al tiempo que le fluía un hilo de sangre por la boca. Sus músculos se relajaron de golpe..., hasta sentir que una cierta serenidad le invadía.

Tardó varios minutos en recuperarse. Ramón, tendido frente a él, encogido por el vientre, no respiraba. Quiso cerciorarse de lo que había sucedido realmente. No era posible. El no esperaba aquel final. Ni se lo había propuesto. Pero ahora tenía que asumirlo con toda crudeza. Tampoco se arrepentía.

No había sido tan sólo un impulso arrebatado en de-

fensa propia. El tenía la necesidad de dar fin a aquella siniestra pesadilla.

Nadie acudió como consecuencia del disparo. Ahora tan sólo podía hacer una cosa: llamar a la policía. Tenía que explicar aquella increíble historia. ¿Y quién podría entenderla? ¿Cómo iba a explicar coherentemente la inusitada reacción de su amigo?... ¿Cómo iba a poder explicar aquel extraño desenlace? ¿Qué podía pasar, por tanto, a partir de ahora?...

Se tomó unos minutos de reflexión. El cuerpo muerto de su amigo Ramón ya nada le importaba. Sucesivamente fueron pasando por su cerebro todas las imágenes que podrían favorecer su defensa. Tendrían que creerle, naturalmente. Podía llamar primero a su casa. Hablar por fin con Elvira. ¿Y cómo iba a entender aquello también Elvira? No, no podía llamar. Además estaban durmiendo... Ahora se arrepintió de que entonces el teléfono no lo descolgara. No, no podía tampoco arrepentirse de eso. El no era responsable de nada. No tenía por qué preocuparse. Simplemente, se presentaría y contaría todo tal cual se fue sucediendo. Si nadie le creía, él tampoco le daba crédito cuando ocurría. Pero no había otra salida...

Sin más, decidió salir de aquella casa. No supo dónde dejar la pistola: ¿cerca del cadáver de su amigo, sobre la mesa, llevársela?... Lo mejor era tirarla en el suelo, donde cayera. Y así lo hizo. No se preocupó de mirar siquiera la expresión de su amigo: no le interesaba. Dejó las luces encendidas, tal cual estaban. Y cerró tras de sí la puerta.

Había perdido la noción del tiempo, pero ya estaba amaneciendo. Serían entre las cinco y las seis de la mañana. No le costó arrancar el coche y se puso en dirección a su casa.

Primero hablaría con Elvira; trataría de hacerle entender todo lo que aquella extraña noche había sucedido. Y luego le pediría a ella misma que llamase a la policía; él no iba a sentirse con fuerzas para explicar nada.

Llegó a su calle sin haber dado las luces del coche. Lo dejó aparcado a la puerta. Y abrió con dificultad la cerradura del portal. Su agitación iba creciendo a medida que se acercaba a su casa. Su mujer no iba a creerle... Pero tenía que creerle. Primero la despertaría, luego trataría de serenarse y de decirle: «mira, Elvira, no te vas a creer lo que acaba de ocurrirme».

Al fin, abrió la puerta de su casa. Encendió las luces sin tomar más precauciones, cruzó el estrecho pasillo y se dirigió directamente a su habitación; trataría de no despertar a los niños. No encendió la luz para no sobresaltar a Elvira. Y cuando llegó a la cama notó que estaban allí los tres: Elvira y sus dos hijos. Se habrían dormido juntos, dada su tardanza. Le costó encontrar el interruptor de la lamparilla de noche. Y, finalmente, la luz le asustó. No, aquello no podía ser posible. Horrible, era horrible.

Elvira, su mujer, desnuda y acuchillada, sobre la cama, con síntomas de haber sido violentada y ultrajada. La sangre le cubría el vientre y las piernas. Y sus dos hijos, allí, junto a ella, acurrucados junto a la almohada, sin vida: habían sido estrangulados.

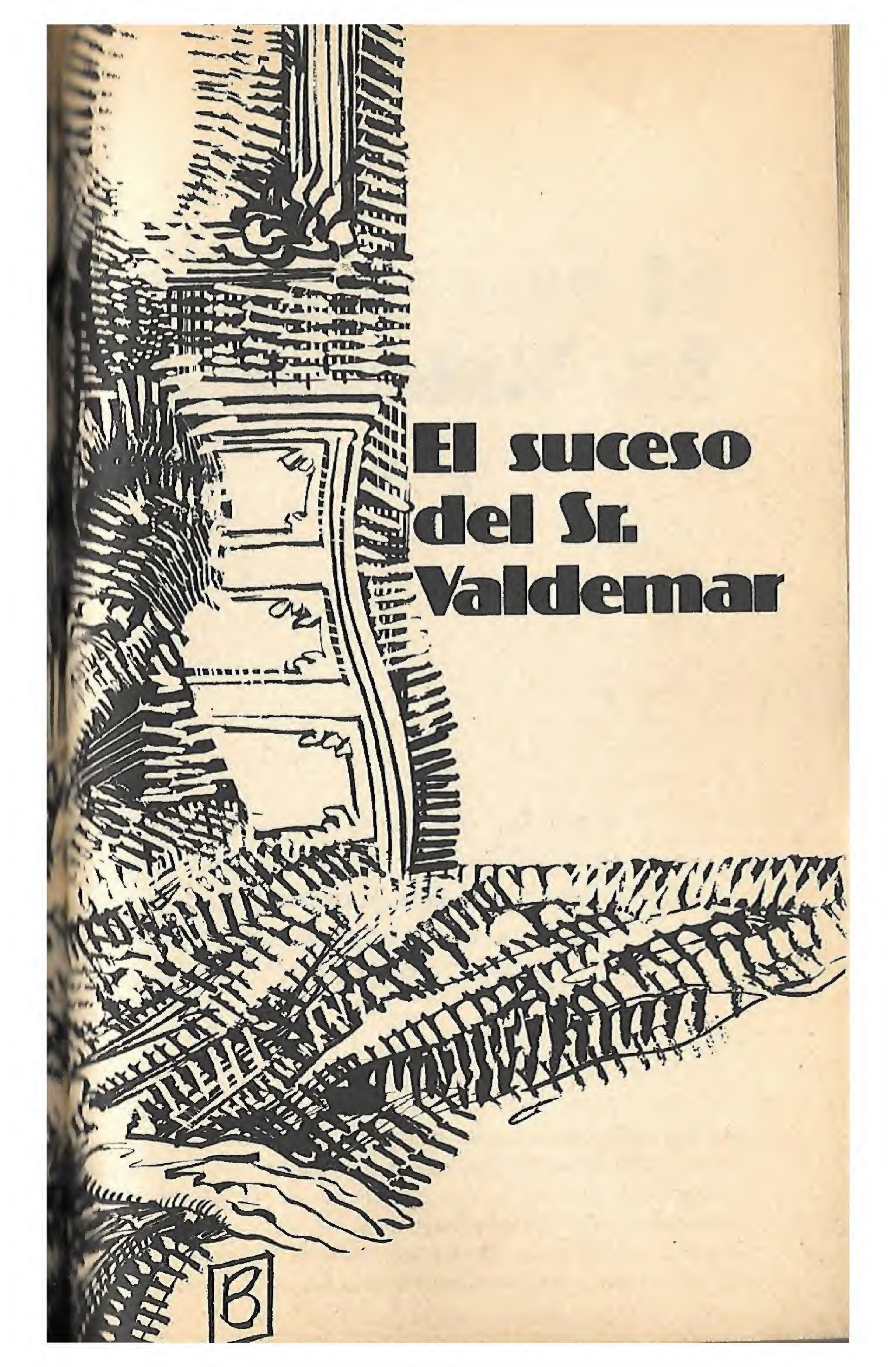
Un grito desgarrador salió de su garganta. De rodillas en el suelo, no dando crédito a tan horrible espectáculo, golpeó y golpeó el suelo con sus puños hasta destrozarse los huesos de las manos.

Fue aquel policía de cara bonachona, con los ojos irritados, quien le hizo entrega de aquella nota que le estaba aguardando en la mesilla:

«Sabía que esta noche me matarías. Por eso me anticipo y me tomo la revancha. Tus hijos no sufrieron nada. Y Elvira, al fin, fue mía.»



El suceso del Sr. Valdemar



El suceso del Sr. Valdemar

Edgar Allan Poe

Bajo los efectos de un estado magnético, un cuerpo puede obedecer consignas impensables, pero... ¿cómo reaccionaría un cuerpo agonizante?



EL tema del mesmerismo o magnetismo animal ha sido de constante interés para mí durante los últimos tres años. Y hace unos nueve meses se me ocurrió de pronto que, pese a que ya se han hecho experiencias de todo tipo, aún no se había magnetizado a nadie «in artículo mortis». Me pareció una omisión tan sorprendente como inexplicable. En primer lugar, había que ver si en tal estado el paciente se encontraba en condiciones de recibir alguna influencia magnética; en segundo lugar, si, en caso afirmativo, la influencia aumentaba o disminuía por ese estado; en tercer lugar, si por este procedimiento podían ser detenidos los síntomas de la muerte y por cuánto tiempo. Faltaban otros puntos por determinar, pero éstos eran los que excitaban mi curiosidad con mayor fuerza; sobre todo el último, por la extraordinaria importancia de sus repercusiones.

Deseoso de encontrar algún sujeto por medio del cual pudiera comprobar esos supuestos, se me ocurrió pensar en un amigo mío, el señor Ernesto

Valdemar, conocido compilador de la Biblioteca Forensica y autor, bajo el pseudónimo de Issachar Marx, de las traducciones polacas de «Gargantúa» y «Wallenstein». Este señor había vivido principalmente en el barrio neoyorquino de Harlem desde 1839 y llamaba especialmente la atención por su delgadez excesiva, así como por la blancura de sus cabellos, tanta que a menudo se confundían con una peluca. Tenía un temperamento nervioso muy marcado, lo que le hacía ser un sujeto excelente para las experiencias magnéticas. Por propia experiencia lo sabía, ya que le había hecho ya dormir sin dificultad en dos o tres ocasiones, dada la peculiar constitución de su naturaleza. En ningún momento quedaba su voluntad enteramente bajo mi influencia, y nada digno de mención pude constatar con respecto al fenómeno de la clarividencia. Atribuí mi relativo fracaso a la creciente alteración de su salud. Meses antes de conocerle sus médicos le habían diagnosticado tisis. Pero tenía por costumbre hablar con absoluta tranquilidad de su próxima muerte como de algo inevitable y de lo que no había necesidad de lamentarse.

Me era conocida su firme filosofía y esperaba no encontrar escrúpulos por su parte. Por eso pensé en el señor Valdemar cuando se me ocurrieron las ideas a que antes he hecho mención. Por otra parte, carecía de parientes en América que pudiesen, probablemente, intervenir. Así que le hablé del asunto con toda franqueza y, ante mi sorpresa, pareció mostrar un gran interés. Digo que me sorprendió porque, aunque siempre se había prestado libremente a hacer de sujeto en mis experiencias, hasta entonces no había demostrado simpatía alguna por ellas. Su enfermedad no permitía hacer un cálculo exacto con respecto a la época de su término mortal. Convinimos, por último, que me mandaría llamar veinticuatro horas antes del período que los médicos anunciasen como el último de su vida.

El propio señor Valdemar me hizo llegar la siguiente esquela hace más de siete meses:

«Mi querido P...:

Ya puede usted venir. D... y F... están de acuerdo en que no llegaré a las doce de la noche de mañana y estimo que, sobre poco más o menos, han acertado en el plazo exacto. *Valdemar.*»

Creo que recibí la esquela una media hora después de haber sido escrita, y no más de quince minutos después me encontraba en la habitación del moribundo. Tras diez días sin verle me quedé espantado de la terrible alteración que se había producido en él en tan breve tiempo. Su cara mostraba un color plomizo y sus ojos se habían apagado completamente. Los pómulos habían perforado la piel a causa de la extremada delgadez. Expectoraba continua, excesivamente, y apenas podía percibirse el pulso. Y, sin embargo, conservaba de forma muy notable sus facultades mentales; incluso alguna fuerza física. Tomaba calmantes sin ayuda de nadie y hablaba con absoluta claridad; se ocupaba en escribir unas notas cuando entré en la habitación y le vi incorporado en la cama gracias a unas almohadas. A su lado le prestaban asistencia los doctores D... y F...

Estreché la mano del señor Valdemar y luego, llevando a los médicos aparte, obtuve de ellos un minucioso informe sobre el estado del paciente. Desde hacía ocho meses el pulmón izquierdo se hallaba en un estado cartilaginoso y resultaba de todo punto inútil para cumplir su función vital. La parte superior del pulmón derecho también estaba osificada casi del todo, y la inferior se había convertido en una purulenta masa de tubérculos conglomerados. Se habían manifestado varias perforaciones extensivas y existía una adherencia permanente en cierto punto de las costillas. Tales manifestaciones del lóbulo derecho eran recientes. La osificación había avanzado con extrema rapidez; un mes antes no se había descubierto signo alguno y hasta tres días antes no había podido realizarse la observación de la adherencia. Independientemente de la tisis, se sospechaba un aneurisma de la aorta, aunque sobre este punto no se podía ha-

cer un diagnóstico exacto a causa de los síntomas de la osificación. De todas formas, ambos médicos coincidían en que el señor Valdemar moriría alrededor de la media noche del día siguiente, domingo. Entonces eran las siete de la noche del sábado.

Cuando se separaron de la cabecera de la cama para hablar conmigo, los doctores D... y F... le dieron un adiós último al señor Valdemar, ya que no tenían intención de volver. Pero les pedí el favor, que aceptaron, de visitar de nuevo al paciente hacia las diez de la noche.

Al fin se fueron y puede hablar sin trabas con Valdemar sobre su cercana muerte y en especial del experimento que habíamos proyectado. Se mostró decidido a realizarlo con la mejor voluntad, y tan ansioso que me apremió para que lo comenzase de inmediato. Para asistirle se encontraban allí un criado y una sirvienta; sin embargo, no quería comprometerme en una tarea de aquel carácter sin que hubiera otros testigos de mayor confianza para el caso de que se produjese un accidente repentino. Así pues, tenía la intención de aplazar la experiencia hasta las ocho de la noche siguiente, pero la inesperada llegada de un estudiante de medicina, el señor Teodoro L..., con quien me unía una cierta amistad, vino a sacarme de apuros por completo. Quise, de todas formas, esperar a los médicos, pero los apremiantes ruegos del señor Valdemar y mi convicción de que no podía esperar un momento, habida cuenta de lo mal que se encontraba, me indujeron a obrar en seguida.

Amablemente, el estudiante accedió a mi deseo de tomar notas de todo cuanto fuera ocurriendo. Gracias a esas notas puedo ahora componer el relato en su mayor parte, copiando o condensando al pie de la letra.

Tomé una última precaución. Faltarían unos cinco minutos cuando, tomando la mano del paciente, le pedí que manifestase al señor L..., lo más claramente que le permitieran sus circunstancias, que estaba fir-

memente decidido a que yo realizara la experiencia magnética sobre su persona en aquel estado.

Valdemar replicó de forma audible, aunque muy débilmente:

—Sí, deseo ser magnetizado —y añadió de inmediato—: Temo que lo haya usted diferido demasiado.

Mientras así hablaba empecé a darle los pases más eficaces para dominarle. Sin duda, él estaba influido por el primer pase lateral de mi mano de parte a parte de su cabeza; sin embargo, aunque ejercité toda la fuerza de mi poder, ningún efecto pudo manifestarse hasta pocos minutos después de las diez, en que los doctores D... y F... acudieron a la cita acordada. No pusieron ninguna objeción cuando les expliqué, brevemente, lo que me proponía hacer, puesto que el paciente estaba ya agonizando. Así que proseguí la experiencia sin vacilación, aunque cambiando los pases laterales por otros hacia abajo, al tiempo que concentraba toda la fuerza de mi mirada en los ojos del moribundo.

Debo decir que durante ese rato su pulso era imperceptible y respiraba con estertores que se sucedían con intervalos de medio minuto.

Durante casi un cuarto de hora continuó inalterable aquel estado. Pero al cabo de ese tiempo se escapó de su pecho un suspiro natural, pero muy profundo, y cesaron los estertores (o cesaron de manifestarse como tales), si bien el ritmo de su respiración seguía siendo de medio minuto. Las extremidades del paciente estaban frías como el hielo.

Los primeros signos indudables de influencia magnética los percibí a las once menos cinco. El movimiento giratorio de los ojos vidriosos se transformó en esa expresión de inquieto examen «interior» que sólo se ve en los casos de sonambulismo y que no se puede confundir. Hice que sus párpados se estremecieran con unos pases laterales rápidos, logrando de esta forma que en el enfermo se manifestasen los signos de un sueño incipiente, y con otros cuantos más se los hice cerrar. A pesar de todo, no estaba yo satis-

fecho, y por eso proseguí mis manipulaciones enérgicamente y con un esfuerzo absoluto de mi voluntad, hasta que logré dejar muy rígidos los miembros del durmiente, después de colocarlos en una postura aparentemente cómoda. Tenía las piernas completamente estiradas y los brazos casi lo mismo, descansando sobre el lecho a una distancia media de los riñones. La cabeza estaba ligeramente levantada.

Ya habían dado las doce cuando acabé de realizar estas últimas operaciones, y rogué a los caballeros allí presentes que examinaran el estado del señor Valdemar. Tras varias pruebas reconocieron que se encontraba en un inusitado y casi perfecto estado de trance magnético. Ambos médicos se sintieron enormemente interesados. El doctor D... decidió permanecer toda la noche al lado del paciente y el doctor F... se despidió, aunque prometiendo regresar en cuanto despuntase el día. El estudiante y los criados se quedaron.

Hasta casi las tres de la madrugada dejamos al señor Valdemar completamente tranquilo; entonces me acerqué a él y lo encontré en el mismo estado en que había quedado cuando se marchó el doctor F...; mantenía, tendido, la misma posición y su pulso era imperceptible; sólo al acercarle un espejo sobre la boca podía apreciarse la debilísima respiración; pese a que sus ojos estaban cerrados con naturalidad y a que sus miembros se encontraban tan fríos y rígidos como el mármol, no podía afirmarse que su aspecto general fuera, en modo alguno, el de la muerte.

Hice una especie de esfuerzo al acercarme al señor Valdemar para que su brazo derecho siguiese al mío durante los movimientos que éste ejecutaba sobre uno y otro lado de su persona. No había tenido nunca un éxito completo en experimentos semejantes con el paciente y tampoco pensaba obtenerlo ahora; pero su brazo, sorprendentemente, siguió con la mayor facilidad, aunque de forma débil, todas las direcciones que le indicaba yo con el mío. En vista de ello, decidí intentar una somera conversación.

—Señor Valdemar —dije— ¿duerme usted?

Percibí un temblor en sus labios, pero no respondió, lo que me indujo a repetir una y otra vez la pregunta; a la tercera, todo su ser se agitó con un estremecimiento suave; los párpados se levantaron hasta dejar al descubierto una línea blanca del globo ocular; los labios se movieron apenas, pero dejando escapar por ellos, en un murmullo casi inaudible, las siguientes palabras:

—Duermo ahora, sí. ¡No me despierte!... ¡Deje que muera así!

Al palpar entonces sus miembros los encontré más rígidos que nunca. Pero el brazo derecho seguía obedeciendo a la dirección de mi mano... Dirigí al sonámbulo una nueva pregunta:

—¿Sigue usted sintiendo dolor en el pecho, señor Valdemar?

La respuesta, aunque fue inmediata, resultó menos audible que la vez anterior:

—No siento dolor... ¡Me estoy muriendo!

Por el momento creí que no era conveniente molestarle más. Ni se dijo ni se hizo nada hasta que llegó el doctor F..., poco antes de que amaneciera; al encontrar al paciente todavía vivo manifestó su asombro sin límites. Le tomó el pulso, aplicó un espejo a sus labios y me rogó que hablase de nuevo con el sonámbulo, lo que hice en los siguientes términos:

—¿Sigue usted dormido, señor Valdemar?

La respuesta llegó, como antes, al cabo de algunos minutos, como si durante ese intervalo tuviera que reunir sus energías para poder hablar. Tuve que repetir la pregunta por cuarta vez y entonces, muy débilmente, contestó:

—Sí, aún duermo... Muero.

Los médicos opinaron entonces (o más bien expresaron el deseo) de que se dejase al señor Valdemar tranquilo en su actual estado hasta que la muerte llegase, lo que tendría lugar, a juicio unánime de ambos, dentro de muy pocos minutos. A pesar de ello

decidí hablarle una vez más, repitiéndole simplemente mi anterior pregunta.

Lo estaba haciendo cuando se produjo un cambio muy notable en la cara del señor Valdemar. Las pupilas se plegaron hacia arriba, los ojos giraron despacio en sus órbitas y la piel tomó un aspecto general cadavérico, semejante a un papel blanco, y las manchas héticas circulares, que antes estaban muy marcadas en cada mejilla, desaparecieron de inmediato. Tan súbitamente se disiparon que se me ocurrió pensar en una vela apagada de un soplo. Al mismo tiempo, el labio superior se retorcía, elevándose sobre los dientes, y la mandíbula inferior cayó con una perceptible sacudida, dejando la boca abierta por completo y al descubierto la lengua negruzca e hinchada. Cabe suponer que todos los presentes estaban acostumbrados a los horrores de un lecho mortuorio, pero en aquel momento el aspecto del señor Valdemar era tan espantoso, tan alejado de lo concebible, que alrededor del lecho hubo un retroceso general.

Me doy cuenta de que este relato ha llegado a un punto en el que cualquier lector, sobrecogido, no me dará crédito. Mi tarea, no obstante, es proseguirlo...

Llegamos a la conclusión de que había muerto, pues no había ya en el señor Valdemar el menor signo de vida. Así que íbamos a dejarlo a cargo de los criados cuando observamos en la lengua un fuerte movimiento vibratorio. Quizá duró un minuto. Y después, de las separadas e inmóviles mandíbulas, salió una voz tan increíble que sería un sin sentido intentar describirla. En cierto modo, podrían utilizarse dos o tres epítetos; cabría decir, por ejemplo, que era un sonido áspero, hueco y desgarrado; pero el espantoso conjunto era indescriptible, por la sencilla razón de que sonidos análogos no han hecho vibrar nunca el oído de la humanidad. Dos particularidades había, no obstante, que —según lo pensé entonces y lo sigo pensando— pueden ser tomadas como apropiadas para dar una idea, siquiera sea aproximada, de su peculiaridad espantosa. Parecía, en primer lugar, que la

voz llegase a nuestros oídos desde una gran distancia o desde alguna profunda cueva subterránea. Me impresionó, en segundo lugar (aunque temo que no me sea posible hacerme comprender), como ciertas materias viscosas o gelatinosas impresionan el sentido del tacto.

He hablado a la vez de «voz» y de «sonido». Quiero decir que el sonido era de un silabeo claro o, aún más, espeluznante, asombrosamente claro. Sin duda, el señor Valdemar hablaba respondiendo a la pregunta que yo le había hecho minutos antes. Como se recordará, le había preguntado si seguía dormido. Y él había respondido ahora:

—Sí, no; he dormido..., y ahora..., ahora..., estoy muerto.

Nadie, ninguno de los presentes, negó o intentó reprimir el estremecido, el indescriptible horror que esas pocas palabras, así proferidas, le produjeron. El estudiante cayó desmayado y los criados huyeron de la habitación inmediatamente; de ninguna forma pudimos convencerles de que volvieran. Sería demasiado pretender hacer inteligibles al lector mis propias impresiones. Durante casi una hora nos afanamos, sin pronunciar una sola palabra, en reanimar al señor L... Cuando lo logramos proseguimos juntos otra vez el examen del estado a que había quedado reducido el señor Valdemar.

Bajo todos los aspectos seguía tal y como he descrito últimamente, salvo que el espejo ya no podía recoger señales de respiración. Intentamos sangrarle el brazo, sin resultado. Ese miembro, además, ya no estaba sujeto a mi voluntad. Mis esfuerzos para que siguiera la dirección de mi mano fueron baldíos. Había una única señal de influencia magnética: la que se manifestaba en el movimiento vibratorio de la lengua cada vez que yo dirigía una pregunta al señor Valdemar, quien parecía hacer un esfuerzo para contestar, aunque ya no tuviera la suficiente voluntad. Se mostraba completamente insensible a las preguntas que le hiciera cualquier otra persona que no fuese yo, aun-

que traté de poner a cada miembro de la reunión en relación magnética con él. Fatigados, buscamos otros enfermeros, y a las diez salí de la casa en compañía de los dos médicos y del señor L...

Volvimos todos por la tarde. Su estado no había variado en absoluto. Discutimos entonces sobre la posibilidad y la conveniencia de despertarle, pero acordamos que no serviría de nada. Resultaba evidente que, hasta ese momento, la muerte (o lo que suele designarse con ese nombre) había sido detenida por la operación magnética. Pero a todos nos pareció claro que despertar al señor Valdemar sería, sencillamente, asegurar un instantáneo o, por lo menos, rápido desenlace final.

Desde entonces hasta el fin de la semana pasada —en un intervalo de casi siete meses—, seguimos reuniéndonos diariamente en casa del señor Valdemar, acompañados de cuando en cuando por médicos y otros amigos. El sonámbulo permanecía durante todo ese tiempo exactamente igual a como he descrito. Era continua la vigilancia de los enfermeros.

El viernes último fue cuando finalmente decidimos realizar la experiencia de despertarle, o de intentarlo, y tal vez el resultado deplorable de este último experimento sea el que ha dado origen a tantas discusiones, en muchas de las cuales no puede dejar de verse una injustificable credulidad popular.

Empleé los pases acostumbrados con la finalidad de sacar al señor Valdemar del estado de trance magnético. Resultaron infructuosos durante un buen rato.

Un descenso parcial del iris fue el primer signo de su aparente vuelta a la vida. Ese descenso de la pupila iba acompañado (observamos como algo especialmente notable) de un derrame abundante de cierto licor amarillento por debajo de los párpados, licor de un olor acre nada agradable.

Alguien sugirió en ese momento que intentase influir sobre el brazo del paciente, como en anteriores ocasiones. Mi intento fracasó. El doctor F... quiso

que le dirigiese una pregunta. La formulé del siguiente modo:

—Señor Valdemar, ¿podría explicarnos cuáles son sus deseos o sus sensaciones ahora?

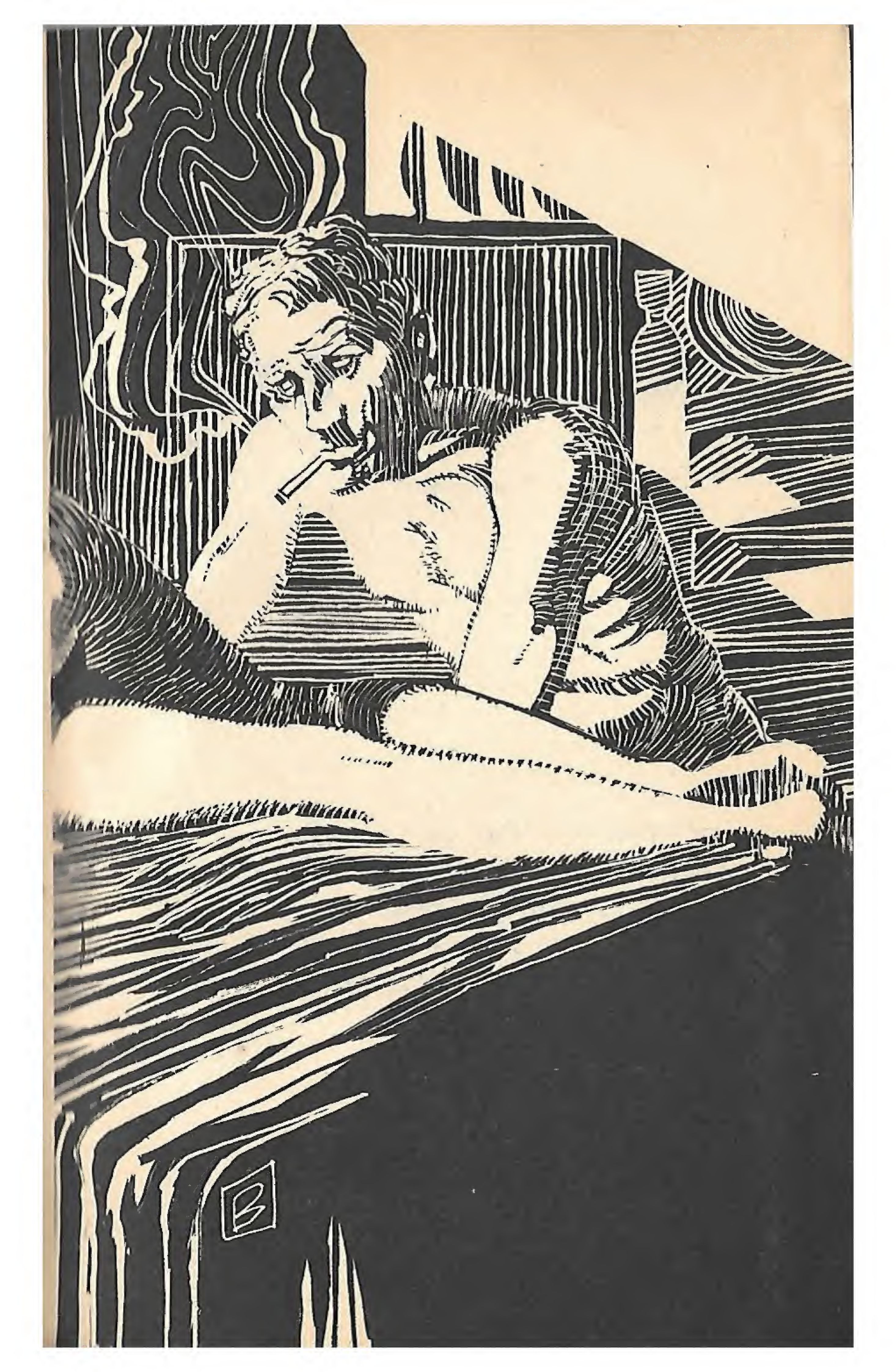
Los círculos héticos reaparecieron instantáneamente sobre sus mejillas; hubo un estremecimiento en su lengua, o más bien se enrolló con violencia en la boca (aunque sus labios y mandíbulas siguieran tan rígidos como siempre), y, al fin, la misma voz horrenda que antes he descrito exclamó:

—¡Por el amor de Dios!... Rápido... Rápido... Despiérteme de prisa o hágame dormir... ¡Rápido!... ¡¡Le digo que estoy muerto!!

Aquellas palabras me acobardaron al máximo, produciéndome una insufrible indecisión. Primero intenté un esfuerzo para calmar al paciente, pero al no lograrlo, en vista de aquella total suspensión de la voluntad, cambié de método y traté con todas mis fuerzas de despertarle. Pronto vi que ese intento iba a ser coronado por el éxito completo, o, al menos, imaginé que mi éxito sería completo. Estoy seguro de que cuantos estaban en la habitación se disponían a verle despertar. Es absolutamente imposible, sin embargo, que ningún ser humano estuviera preparado para lo que sucedió realmente a continuación.

Mientras efectuaba yo los pases magnéticos, escuchamos gritos de «Muerto, muerto!», que parecían expandirse de la lengua y no de los labios del paciente, y su cuerpo entero, de pronto, en el breve espacio de un minuto, o tal vez antes, se contrajo, se desmenuzó, *se pudrió* completamente bajo el influjo de mis manos. Ante todos los presentes, sobre el lecho, quedó yaciendo una masa casi líquida, repulsiva, de podredumbre aborrecible.


Luna
de hiel



Luna de hiel

Jesús Larraz

Estaba tan loco por ella que la hubiera literalmente devorado, y se hubiera dejado devorar por ella, si ese gesto supremo de entrega pudiera repetirse todas las noches.



L pezón oscurísimo de Marta, desnuda en la cama, atraía la mirada y la boca de Julio, cuyos labios lo apresaban ávidamente haciendo que su sangre enloqueciera. Marta gemía primero suavemente, como una gata en celo, pero luego, cuando Julio entornaba los ojos, bramaba y la poseía, se entregaba por completo al placer y gritaba la intensidad de su orgasmo sin contemplaciones, con toda la ardiente furia de que se es capaz a los diecisiete años. Esa era, sin duda, la más importante ventaja de pasar la luna de miel en una solitaria casa de campo. La ausencia de vecinos en varios kilómetros a la redonda les aseguraba una intimidad tan deliciosa como absoluta.

Habían elegido Ibiza en pleno agosto porque sabían que al norte de la isla, a pesar del turismo, todavía podían encontrar una casa tranquila, una auténtica casa de campo que en otro tiempo estuviera habitada por payeses y que ahora, relativamente lejos de la civilización, resultaba el lugar más idóneo para entregarse con pleno ardor a los juegos de la carne. Julio volvía a felicitarse por lo

acertado de su elección, mientras Marta, agotada y satisfecha de tanto copular, se abandonaba al sopor de la siesta.

Julio se consideraba, con razón, el hombre más afortunado del mundo. Su joven esposa, que tan sabia y fogosa se mostraba, era para él una continua fuente de placeres. Incluso ahora, mientras dormía y se dejaba contemplar a satisfacción, le estaba proporcionando el placer exquisito de su desnudez, que para él siempre resultaba nuevo y deslumbrante. El sol había dorado enteramente aquel cuerpo que, abandonado al sueño, dejaba ver el mórbido escorzo de la nalga, la audaz ondulación de las caderas, la elástica firmeza de sus muslos encantadores, la magnificencia de sus redondeadas pantorrillas... Julio sintió un escalofrío y notó que el sexo volvía a despertársele.

Sus ojos se posaron como dos imanes en las tibias colinas del pecho, coronadas por dos oscuras manchas puntiagudas que encendían el deseo en la punta de su lengua. Luego, con morosa delectación, fueron bajando hasta el espeso bosque negro del pubis, en cuyos largos rizos tantas veces sus dedos se habían enredado. Y contempló después la rosada carnosidad de sus labios, húmedos y brillantes, deseando que Marta despertara pronto para volver a embriagarse con ellos mientras hundía sus manos en aquella maravillosa cabellera negra, como era su costumbre cuando la poseía, hasta perderse en el mutuo olvido que proporciona el placer. Estaba tan loco por Marta que la hubiera literalmente devorado, y se hubiera dejado devorar por ella, si ese gesto supremo de entrega pudiera repetirse todas las noches.

No era, pues, nada extraño que, dedicado a tales pensamientos, volviera a poseer a Marta, siempre saciado y siempre insatisfecho, en cuanto ésta hubo despertado. Marta reía, como una niña que era, al comprobar la persistente potencia de su marido, y el brillo de sus ojos indicaba con toda claridad hasta qué punto era sensible a las incitaciones masculinas.

Eran las cuatro de la tarde y el sol dejaba caer todo su peso. El éxtasis fue más agudo y duró bastante más de lo acostumbrado. Por eso cuando rebasaron la última curva de la cópula se encontraban sudorosos y jadeantes y las sábanas se empaparon de sudor. El calor era insoportable. Julio salió hasta el pozo y llenó de agua fresca una gran jarra, que ambos bebieron con avidez. La sed saciada parecía colmar las satisfacciones de aquella tarde, pero Julio quiso añadir un placer más y a tal fin deshizo un poco de hachís y, tras mezclarlo concienzudamente con tabaco rubio, lió un grueso cigarrillo, lo encendió y lo acercó a los labios de Marta, mientras se tendía en la cama a su lado.

Era hachís afgano, negro y elástico como el chicle, de primerísima calidad. Los alcaloides se adherían con profundas caricias hasta lo más hondo de los pulmones, turbando deliciosamente el sentido de la realidad. No tardaron en reír alucinados, sin motivo alguno, al tiempo que la droga, estimulando al máximo su sensibilidad, les incitaba a intentar un nuevo ayuntamiento. Jamás le parecieron a Julio tan tentadores los senos de Marta; nunca proporcionaron tanto gusto a su boca; ni el roce de sus muslos le había producido antes tan elevada excitación. Pero la lascivia se había apoderado de su cerebro, no de su agotada virilidad, y nada pudo hacer en esta ocasión por complacer a su compañera.

Como a Julio, a Marta el hachís le había puesto la sangre efervescente, y el calor ahora le resultaba menos soportable que nunca. Aquella casa de campo tenía bastantes ventajas, pero también algunos inconvenientes. El más importante, que carecía de cuarto de baño. El hachís arrastraba las palabras de Marta cuando le dijo que daría todo el oro del mundo si pudiera gozar de una buena ducha. Julio le recordó la refrescante existencia del pozo y ambos, desnudos y entrelazados por la cintura, se encaminaron lentamente hacia el brocal.

La acción concentrada del cáñamo, como es fre-

cuente, les proporcionaba esa singular experiencia que consiste en percibir el fluir del tiempo con más lentitud que de ordinario, a la vez que amplificaba su sensibilidad a todo tipo de incitaciones ambientales. Por eso creyeron haber tardado una eternidad hasta llegar a la puerta de la casa, y a eso se debió también el que los rayos del sol, incidiendo directamente sobre sus cuerpos desnudos, les parecieran una lluvia de insoportables flechas. Pero ni el calor ni los gruesos chorreones de sudor lograban vencer su palpitante alegría, y ambos seguían riendo por cualquier nimiedad o simplemente tras mirarse a los ojos.

Así llegaron hasta el pozo e hicieron descender el cubo hasta las oscuras profundidades. Al cabo de un momento interminable, subrayado por el monótono chirriar de la garrucha y el molesto ronroneo de las moscas invasoras, el cubo ascendió del todo con su carga feliz y chorreante, la mitad de la cual fue descargada por Julio sobre la cabeza de Marta, y el resto por Marta sobre la cabeza de Julio. Después de aquello se sintieron tan felices que empezaron a reír a carcajadas y Julio sorbió, mordiendo aquella boca deliciosa, los embriagadores jugos de su compañera.

Pero, por desgracia, el calor y las moscas no habían desaparecido, sino que, atraídas por la doble tentación de la carne desnuda y húmeda, acudieron a incordiarles por docenas. A Marta se le ocurrió entonces una idea que, a no ser por la acción del hachís, ni siquiera hubiera formulado. Pues pensó, y así se lo dijo a Julio, que si ponía los pies en el cubo y se agarraba convenientemente a la cuerda, mientras Julio la sujetaba, podría gozar de una refrescante sombra en el interior del pozo.

Aquella idea despertó en la conciencia alterada de Julio hermosas imágenes de oasis y sombras de palmeras, de pozos bíblicos al amparo de cuyo brocal bellas doncellas semitas aguardaban la llegada de sus amantes. Abrazó a Marta por la cintura y la sostuvo en vilo, comprobando cuánta era su fuerza y cuán relativamente escaso el peso de su esposa, tras de lo

cual se dispuso a complacerla. Julio puso encima del brocal el cubo y Marta introdujo en él los pies, mientras se agarraba a la cuerda con ambas manos. Julio tiró de la cuerda y Marta inició, alborozada, su descenso.

La voz de Marta resonaba en las paredes del pozo mientras contaba a su marido la magnífica frescura del lugar, la agradable caricia de las sombras. Julio, tensados los músculos de brazos y espalda, estaba ahora ajeno al acoso de las moscas y creía estar participando del placer que Marta le comunicaba verbalmente, a la vez que sus manos aflojaban alternativamente la tensión de la cuerda, permitiendo de esta manera un lento descenso.

Ahora la voz de Marta se escuchaba lejana, ligeramente temblorosa por la resonancia tubular, tal vez a veinte metros de profundidad. Describía cómo a sus pies, muy abajo, se veía una redonda plancha de plata que no era sino el reflejo de la luz. Julio, sudoroso, le gritó que no podía seguir aguantando, que empezaría a subirla.

Hay simples leyes físicas que, lamentablemente, suelen olvidarse en momentos de gran euforia. Una de ellas es que cuesta muchísimo más trabajo levantar un peso que dejarlo caer. Y Julio empezaba a sentir, en la creciente tensión de los brazos, su necedad. El cuerpo de Marta, tan liviano momentos antes, parecía ahora de plomo. Sudaba y jadeaba como nunca, pero ahora su sudor era frío, como un soplo de la muerte. Oyó quejarse a Marta por la lentitud de la ascensión, pero no le contestó nada. Un oscuro presentimiento le atenazó la garganta. Rechazó violentamente la idea de que no tendría fuerzas para subirla y la desesperación hizo que sus esfuerzos se redoblaran. Dio un brusco tirón, rabioso, de la cuerda, y la pequeña anilla que sujetaba la garrucha no pudo soportarlo. Se oyó un seco crujido metálico y luego el espantoso grito de Marta perdiéndose en el fondo como una estela de horror, antes de que un golpe terrible, lejano, diera paso al silencio. La cuerda, al resbalar por

las manos de Julio, le había mordido la carne hasta dejar los huesos al descubierto.

Pero Julio no quiso darse cuenta del punzante dolor de sus manos. Un dolor mucho más hondo le estaba quemando las entrañas. Ni siquiera se asomó al brocal. La cuerda no había caído del todo; así que ató apresuradamente un cabo al arco metálico que sostenía la caída garrucha y descendió a grandes zancadas, completamente fuera de sí. Ningún ruido se escuchaba de abajo, desde un fondo al que no se atrevía a mirar. El corazón parecía querer salírsele por la boca y sus manos ardientes habían perdido toda sensibilidad. Creía estar ya muy cerca del fondo cuando la cuerda, atada con tanto apresuramiento, se soltó y cayó a la vez que Julio, enredada en sus brazos.

Su cuerpo notó en seguida, junto al brusco choque del agua, el roce de otro cuerpo flotante, en cuyos miembros había desaparecido todo movimiento. Instintivamente chapoteó en el agua hasta que sus descarnadas manos encontraron la pared del pozo. El agua estaba helada y la oscuridad era completa. Su mano izquierda encontró el apoyo de un saliente en la pared y su derecha alcanzó a tocar el cuerpo muerto de Marta. Una congoja insufrible le nació en las entrañas cuando sus dedos alcanzaron la gran brecha de la cabeza. Estaba claro que durante su caída Marta recibió un golpe mortal contra las paredes del pozo.

La realidad era tan horrible que su cerebro se negó a aceptarla. Fue como si de pronto se hubieran apagado las circunvoluciones más evolucionadas y comenzaran a activarse aquellas estructuras primordiales en que tiene su base el instinto de conservación. Por eso Julio actuó como un autómata, con la mente en blanco, mientras sus manos tentaban desesperadamente las paredes rezumantes. Así fue como descubrió, un poco por encima del nivel del agua, la existencia de una cavidad reducida, pero no tan pequeña como para impedir que cupiera en ella. A duras penas consiguió introducirse en el hueco. Tiritaba

y tenía los miembros anquilosados por el frío, pero sus manos sangrantes le ardían.

Se frotó el cuerpo instintivamente hasta conseguir que entrara en calor. Mientras sus púpilas se agrandaban, transformando la oscuridad en penumbra, su mente se iba abriendo poco a poco al horror de la situación. Pudo ver entonces, flotando sobre la negrura del agua, la insoportable mancha blanca de aquel cuerpo que apenas media hora antes había poseído y que ahora estaba inerte, tumbado boca abajo como un pelele, con la cabellera teñida de rojo y esparcida sobre el agua como una horrenda medusa. Y alrededor del cuerpo también flotaba la cuerda del pozo, mostrando cínicamente su absoluta inutilidad.

Miró hacia arriba. La boca del pozo extendía su diminuta refulgencia como un dios absoluto de la luz situado en el cenit de las tinieblas. Era tan imposible alcanzar.aquel cerco de luminosa libertad como tocar la luna con la mano. Comprendió entonces por qué los perros aúllan a la luna llena y, abandonándose a un impulso que le hermanaba con las bestias, saludó a la muerte gritándole todo el horror que le inspiraba.

Gritó con toda su fuerza, hasta que le sangraron las cuerdas vocales. Pero sus gritos sólo lograron hacer huir a los pájaros. No había nadie que pudiera sacarle de allí. Sus gritos se transformaron en gemidos y notó sobre las mejillas el cálido, aunque efímero, consuelo de las lágrimas.

Cuando sus lágrimas se agotaron trató de reflexionar sobre su situación. Era improbable que alguien pasase cerca del pozo, pero su voluntad de vivir se aferró tenazmente a esa remota posibilidad y elevó sus más fervientes oraciones a un Dios en quien no creía para que se diese esa circunstancia salvadora. Pensó que lo más sensato era ahorrar fuerzas, acurrucarse, permanecer inmóvil, tratar incluso de dormir. Pero el frío y la humedad no tardaron en producirle una constante tiritona. Se propuso resueltamente luchar por su vida, resistir a la insidiosa blandura de la muerte hasta el último aliento.

Y así fue cayendo lentamente la tarde, hasta dejar paso a una noche esplendorosa, cuajáda de diamantes que se iban asomando al pozo uno tras otro, siguiendo el inmutable movimiento celeste. Atento al menor ruido, escuchó la jubilosa vibración de las chicharras, el canto de la alondra y las sonoras manifestaciones de otros seres, que unos metros más arriba, participaban despreocupadamente en la gran fiesta de la vida. Recordó lo que había sido la suya hasta entonces, los magníficos encuentros con Marta, cuyos despojos flotaban ahora a su lado, e introdujo su mano en el agua, buscando la única y atroz compañía que el destino podía proporcionarle en aquellos momentos: la mano de un cadáver.

Se hubiera entonces rendido a la muerte, dejándose caer al agua y ahogándose. Pero su carne era terca y porfiaba por la vida. El cuerpo combatió las insanias de la mente, produciendo una fiebre adormecedora que, aunque poblada de pesadillas, estaba restaurando el equilibrio fisiológico.

Pasó la noche en una duermevela terrible, con la mitad de su cerebro durmiendo y la otra mitad atenta al menor signo de salvación, tan agudizada la sensibilidad del tímpano que podía escuchar el caer de las hojas. Pero las únicas voces y pasos humanos que sentía procedían de sus alucinaciones. Su naturaleza, sin embargo, era lo bastante vigorosa como para lograr sobreponerse a la fiebre y despertó curado de ella.

La esperanza de todo un nuevo día, en el que tal vez alguien pudiera pasar cerca de allí, alumbró débilmente en la boca del pozo. Soltó la mano de su compañera, cuyo frío contacto le había acompañado tantas horas, y al caer se produjo una ondulación en el agua que confirió al cadáver un suave movimiento. Era horroroso permanecer vivo en aquellas circunstancias, pero el organismo carece de sentimientos. Sólo tiene necesidades. Y el estómago de Julio comenzaba a sufrir las poderosas contracciones del hambre.

Como pasó la fiebre, así también pasó el día y pasó la noche. Todo pasaba menos la suprema crueldad del hambre, sobreponiéndose imperativamente a cualquier horror. Y sólo el viento, el fuego del sol y la tibia indiferencia de las estrellas pasaban por encima de su cabeza, en lo alto de aquellas paredes resbaladizas que sólo los lagartos podían escalar.

Fue en la madrugada del segundo día cuando despertó completamente la bestia, y Julio, con espantosa lucidez, se asombró de que lo hubiera hecho tan pronto. Vivir, vivir; quería vivir pagando el precio que fuera necesario. Entumecido y rígido seguía flotando el cuerpo de Marta a su lado. Extendió su mano hasta alcanzar la barbilla y contempló por primera vez, desde que se inició su encierro, el rostro de su mujer, tenuamente iluminado por la luz del amanecer. Un chorro de agua se escurrió de la boca abierta, tumefacta, y las órbitas mostraban unos ojos ya de dudosa transparencia, pero donde persistía indeleble el último gesto de espanto.

Levantó la cabeza del agua y atrajo el cuerpo hacia sí hasta lograr alzarlo a su lado, en la pequeña oquedad de la pared. Había perdido la elasticidad de la vida, pero su piel conservaba la tersura de una juventud tan repentinamente arrebatada. Estrechó el cadáver con fuerza entre sus brazos y hundió el rostro en aquella cabellera negra, chorreante, sobre la que se mostraba la injuria de grandes costras de sangre. Lloró en los cabellos de Marta y repitió su nombre varias veces, entre lamentos, recordando unos momentos de felicidad que parecían haber transcurrido hacía miles de años.

Después acercó su boca al seno derecho, todavía blando y tibio, libre aún de la rigidez que había alcanzado a los miembros. Besó por última vez aquel pezón oscurísimo, y luego sus dientes se hundieron en la carne sin compasión, devorando con la abyecta presteza de las ratas. «Marta —pensó para consolarse, mientras su lengua conocía por primera vez el sabor de la sangre humana— hubiera hecho lo mismo por

mí.» Pero se engañaba en vano, porque en el fondo de su corazón sabía perfectamente que Marta hubiera preferido la muerte.

Y, después de todo, nadie pudo llegar a percibir el nauseabundo hedor de ambos cadáveres antes de que transcurrieran tres semanas.





PROXIMA APARICION



ROBINSON II

LOS OJOS DE RY'EH

NOCHE DE ESTRENO

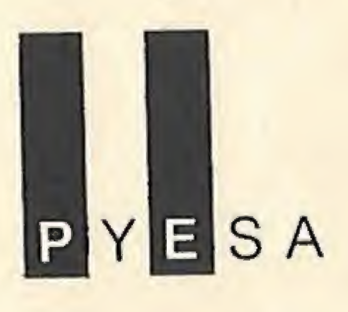
LA COMPUTADORA

INSOLITO ASESINATO

LA MASCARA DE LA MUERTE

EL PROFANADOR




PYESA



LA CABEZA DE MAMA

EL GUIONISTA

LA SERPIENTE

CONSTANCE

EL MISTERIO DEL «MARY CELESTE»

CONJURO MACABRO

EL SUCESO DEL SR. VALDEMAR

LUNA DE HIEL